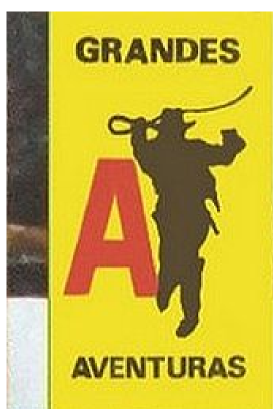
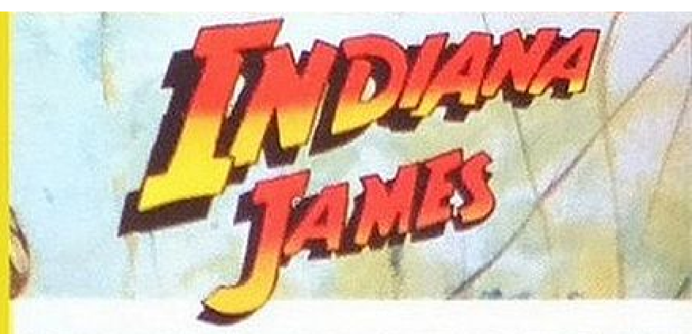




CUESTION DE PRINCIPIOS

Lo que parecía más difícil cuando salimos de la Antártida, conseguir llegar con vida a algún sitio habitado, fue lo más fácil.

Antes de abandonar la vista de la península helada, un par de buques aparecieron ante nosotros.

Se trataba de un rompehielos de la marina argentina, y un remolcador del ejército chileno.

Ambos hablaron con nosotros por radio.

Ambos se mostraron felices de hallarnos, casi náufragos.



Indiana James

Cuestión de principios

Bolsilibros - Indiana James - 48

ePub r1.0
LDS 30.05.18

Título original: *Cuestión de principios*
Indiana James, 1988
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Lo que parecía más difícil cuando salimos de la Antártida, conseguir llegar con vida a algún sitio habitado, fue lo más fácil.

Antes de abandonar la vista de la península helada, un par de buques aparecieron ante nosotros.

Se trataba de un rompehielos de la marina argentina, y un remolcador del ejército chileno.

Ambos hablaron con nosotros por radio.

Ambos se mostraron felices de hallarnos, casi náufragos.

Ambos se mostraron dispuestos a rescatarnos.

Y, ambos, se pusieron a discutir por ver quién tenía el honor de salvar nuestras vidas. Faltó muy poco para que ambas tripulaciones se enzarzaran a cañonazos y hundieran los barcos, mientras Bárbara, el profesor Higgs, Jim Tonic y yo, lo contemplábamos atónitos.

El profesor lanzó un suspiro de desesperación.

—Burócratas… —Exclamó entre dientes.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó Jim.

—La Antártida…. —Comenzó a decir el profesor—…, es el último continente virgen. Allí puede haber más petróleo, minerales preciosos, uranio, y miles de cosas más. Todo país con un mínimo de oportunidades está intentando reclamar una porción de esas heladas tierras. Y Argentina y Chile reclaman un trozo, que se superpone. De ahí su interés por ser nuestros salvadores y ponerse una medalla delante de todo el mundo. Una parte del cual también es reclamada por Inglaterra, ya que dice que sus islas Falkland (las famosas Malvinas), tienen derecho de posesión por proximidad.

—Ahora comprendo por qué los argentinos y los ingleses se pelearon por esas islas semidesiertas… —dijo Jim.

El profesor no le contestó. Estaba siguiendo atentamente la negociación que entre los dos buques se llevaba a cabo sobre nuestras vidas.

Por fin llegaron a un acuerdo: iríamos escoltados por ambos, y cuando apareciera un tercer barco, si era de la nacionalidad de uno de los que nos acompañaba, el otro cedería su «presa».

Ganaron los chilenos y, tras unos días de infernal navegación, nos desembarcaron en Punta Arenas.

Allí tuvimos que posar para la prensa, afirmar que la Antártida debía de ser toda para Chile, narrar una espeluznante aventura en la que medio deshidratados, enfermos y sin provisiones, habíamos sido rescatados por un buque chileno…

Y cuando se cansaran de nosotros, emprendimos el vuelo a Los Ángeles. Allí empezó lo bueno.

El profesor Higgs, no sólo era un reputado científico, tenía una de las mansiones más importantes que se pueda imaginarse. Se hallaba enclavada en la Playa de Malibú, allí donde tienen sus casas todas las estrellas de cine, de TV, los cantantes famosos, los directores y productores más prestigiosos.

Si salías a tomarte un café por la mañana, podías encontrarte a Spilberg haciendo «*footing*», y a Michael Jackson pregonando su «maldad» a los cuatro vientos, a Barbra Streissand, a J. R., a Madonna, a Michael J. Fox, a Raquel Welch, a Burt Reynolds, a Jack Lemmon, a Don Johnson, a Diana Ross, a… Sí, a esa que estás pensando, también.

El profesor Higgs, además de su ciencia y su dinero, tenía un extraordinario sentido de la gratitud, para las personas que le habían favorecido en algo, y nosotros le habíamos salvado la vida.

Puso a nuestra disposición dos de sus mejores colches, nos entregó unas tarjetas de crédito a nuestro nombre pero con cargo a su cuenta corriente y nos ordenó vivir a todo lujo, mientras él se dedicaba a rehacer papeleos legales para dejar a la Fundación sin un solo centavo.

Se marchó a Washington, a ver a sus abogados, acompañado de Bárbara, y tras prometer a Jim que, a la vuelta, le regalaría un nuevo avión.

Fueron unos días maravillosos. Jim se bebió media caja de *bourbon* Old Forester 12 años de una sentada y permaneció en cama

durante varios días, atendido por dos jóvenes enfermeras (seleccionadas por él, entre varias candidatas) que le cuidaron con esmero y mimo. Sobre todo con mimo.

Insistió en que se encontraba mejor, y que no era necesario que yo me preocupara por él.

—Tú eres joven… sal y diviértete… pero, sobre todo… ¡Sal de aquí! ¡Y no vuelvas en un par de días! —me dijo guiñándome un ojo mientras «auscultaba» a su enfermera.

Yo me dediqué a hacer el turista. Disneylandia, recorrido los estudios de Hollywood, tarde de compras en Rodeo Drive, paseos en coche por todas las Highway, comidas a base de marisco en Venice, paseos por Beverly Hills, Chinatown, el Hollywood Bowl, el Sunset Boulevard, Hermosa Beach, Marineland… hasta que encontré a Sabrina Reinaldi.

Tenía 22 años, cabellos morenos que le desbordan salvajemente sobre los hombros, labios grandes y bien delimitados y unos ojos vivarachos, capaces de tumbar a un campeón mundial de boxeo.

No creo que le resultara fácil encontrar bikinis de su talla, por lo menos, a juzgar por lo que yo podía ver a través de su generoso escote.

Estaba tomando una
Coca-cola
en una cafetería del Boulevard of Broken Dreams, y descubrió que no tenía dinero para pagar.

Yo, claro está, me brindé a abonar su consumición.

Y comenzamos a hablar.

Era italiana, estaba en Hollywood intentando demostrar al mundo su vena artística que llevaba dentro de ella.

—… y, mientras me llega la oportunidad, trabajo con lo que sale —aclaró tranquilamente.

Lo que salía eran dos impresionantes pechos por el escote de su ajustada camiseta a rayas blancas y azules.

—¿Trabajas con eso? —pregunté yo frotándome las manos.

¡¡¡FLLAAASSSSHHHH!!!

Una sonora bofetada me cruzó el rostro.

—¿Qué te has pensado? —me gritó en medio de la calle—. Yo no soy una cuáquera. Trabajo con lo que sale: de camarera, de taquillera de cine, cuidando niños…

Como se habrán dado cuenta, la forma de usar el idioma no era muy correcta.
—Se dice «Trabajo en lo que sale». Y no es «Cuáquera», sino «Cualquiera». Hay una diferencia de dos letras que te llevan desde la religión a la prostitución.
—¡Oh, perdón! Todavía no domino el inglés…
Se alzó sobre las puntas de los pies y depositó un suave beso en mis labios, para que la perdonara.
La presión de sus pechos casi hizo que me hundiera un par de costillas. ¡No podía dejar escapar a aquella chica de ninguna manera!
Me ofrecí a ayudarla en lo que hiciera falta, perfeccionar el inglés, compañía en sus ejercicios de aerobic, hacer de somnífero… ¡Lo que ella necesitara!
Decidí impresionarla.
Le compré una horrible camiseta pintada a mano que vendía un *hippy* sentado en el suelo y que, a ella, le pareció «una obra de arte muy creativa». La invité a comer en un buen restaurante de Santa Mónica, la paseé en «mi» lujoso deportivo… hasta que, por fin; lo dijo:
—Estoy cansada. ¿Te apetece que tomemos una copa en mi casa?
Detuve el coche en seco y le pregunté dónde vivía. En tres cuartos de hora nos hallábamos en su apartamento.
Se hallaba bastante lejos del centro, era pequeño, de un solo ambiente, con poca luz, y atiborrado de cosas: sólo el hecho de ir desde la cama hasta la puerta merecía ser clasificado como prueba puntuable para el Campeonato del Mundo de «Trial Indoor».
La pared frontal estaba decorada con una gran fotografía de Kim Bassinger y Micky Rourke sacada de la película «Nueve semanas y media».
—¿Qué te parece mi hogar?
—Maravilloso —repliqué con cara de jugador de póquer.
—Ponte cómodo mientras me cambio.
Ponerse cómodo allí era muy difícil. Las dos sillas estaban abarrotadas de periódicos, revistas, cajas de bombones vacías, prendas de vestir, flores marchitas…
Elegí la cama.

Ella abrió la nevera y, utilizando la puerta como biombo, se cambió.

Vi una pequeña camiseta a rayas volar por los aires y aterrizar sobre el aparato de TV. A continuación fueron sus *jeans*.

Apareció ante mí vestida con un bikini pequeño, muy pequeño, que debía de haber sido hecho por un modista-artesano-miniaturista.

—Es lo mejor para los días de calor —dijo por toda explicación —. ¿Qué deseas tomar?

—Un *whisky* me iría bien.

—Lo siento, cariño, no tengo *whisky*.

—Limón con ginebra…

—Tampoco.

—¿Bourbon?

—No. No tengo nada alcohólico. Ni siquiera cerveza.

—Una
Coca-cola
estará bien.

—¿Tú bebes esas cosas artificiales? Aquello quería decir que tampoco había
Coca-cola,
así que…

—No tengo mucha sed. Ponme cualquier cosa.

La oí trastear en el refrigerador, mientras yo ojeaba el libro que se hallaba sobre la cama; una novela policíaca europea. «El asunto Nuestro», de J.
P. Manchette.
Leí la contraportada y me pareció que tenía buena pinta.

—¿Qué tal es? —le pregunté.

—Quédatela. Yo la he terminado y está bastante bien.

Me la guardé en el bolsillo y me quité la chaqueta. Allí dentro hacía un calor de mil demonios.

—¿Tienes calor? —dijo ella apareciendo ante mí con dos gigantescos vasos llenos de leche—. Ésta es mi única bebida, mantiene la salud corporal.

A la vista de sus atributos, debería de estar prohibido que las mujeres tomaran otra cosa que no fuera leche.

—Pero… ¡Estás sudando! ¡Ponte fresco!

¡Como si fuera fácil refrescarse con aquel cuerpo delante!

—¡Quítate la ropa! Yo, cuando estoy sola, voy desnuda… ¡Todo me da calor!

¡Parecía increíble que aquel minúsculo traje de baño pudiera darle algo más de una milésima de grado de temperatura!

—No me parece oportuno… —dije yo—. Como tú vas vestida…

—Eso se arregla fácil —dijo ella sonriendo y llevándose una mano a la nuca y otra a la cadera.

Dos nudos fuera, y un maravilloso cuerpo desnudo ante mis ojos.

Me quité la ropa en una décima de segundo. Las prendas volaron en todas direcciones, esparciendo su contenido de llaves, papeles, pañuelos, etc. entre otros cachivaches que Sabrina almacenaba en su apartamento.

Mi «hermano pequeño», alzó la cabeza para ver mejor a la chica.

—Pero… —dijo ella, señalándomelo, y con gesto de sorpresa—. No me digas que tú también quieres que ~ lo «hagamos»… ¡Eres como todos!

Apartó la cabeza con gesto ofendido. Sólo unos segundos. Después volvió a mirar.

—Bueno… ¡Como todos no! Tú estás un poco más desarrollado…

—Y eso que no lo has visto bien… acércate, acércate…

Se acercó.

La tomé por los hombros.

Nuestros labios se encontraron.

Ella se dejó caer sobre mí, sacándome todo el aire de los pulmones.

Mis manos comenzaron a recorrerla. Las de ella hicieron lo propio conmigo.

A los tres minutos estábamos enfrascados en una apasionada batalla.

Mi «enemiga» había conseguido rodear a «mis ejércitos». Mirase hacia donde mirase del campo de batalla, sólo alcanzaba a ver sus impresionantes y deliciosos senos, en una operación envolvente digna del genio militar de Alejandro Magno, Napoleón o Rommel…

Vista así, completamente desnuda, pareció que Sabrina debería caminar siempre inclinada hacia delante, por el peso.

Y eso no sucedía. Tenía una agilidad de mil demonios: saltaba,

se contorsionaba, me rodeaba, me abrazaba…

Tan pronto estaba mordiéndome la oreja, como su lengua acariciaba mi ombligo, o sus labios besaban los míos.

Fueron dos horas inolvidables: como si hubieran sido «nueve semanas y media» concentradas en 120 minutos.

Terminé agotado. Micky Rurke había olvidado a Kim Bassinger y me observaba con envidia y admiración.

—Después de hacerlo tengo hambre —dijo Sabrina con un delicioso mohín.

—Te invito a cenar.

Nos duchamos en un abrir y cerrar de ojos. Nos vestimos y salimos hacia mi coche.

La noche había caído sobre la ciudad, que se veía a lo lejos poblada por mil lucecitas. Sabrina se abrazó a mí, mientras yo conducía. El calor había dejado pase a una suave brisa.

—Llévame a algún restaurante de Rodeo Drive. —Dijo ella, mientras apoyaba su mano en mi pantalón—. Tengo tanta hambre que no sé si conseguiré llegar allí…

¿Tienes algo de comer?

Mi voz se convirtió en un hilillo cuando ella encontró «algo» que llevarse a la boca.

Pisé el acelerador a fondo. El éxtasis. Es una experiencia única, aunque no se la recomiendo a nadie: hay momentos en los que se cierra los ojos. Y a doscientos cuarenta por hora… no es aconsejable.

No sé cómo llegamos a Rodeo Drive, pero lo conseguimos.

Era la hora en que todo el que es alguien en Hollywood, sale a cenar a Rodeo Drive, o sus alrededores.

Es imposible encontrar una mesa libre si no se ha reservado con anterioridad: actores, guionistas, directores, productores, agentes, directores de fotografía, encargados de «*casting*», nuevos fichajes, estrellas, periodistas, fotógrafos, modistos… todos se reúnen allí para ver y ser vistos.

No era fácil encontrar sitio para cenar y, mucho menos, un lugar donde aparcar el coche.

Hubimos de dejarlo a unas cuantas calles de Rodeo Drive y caminar hacia allí.

Las calles estaban desiertas, y se iban animando y llenando de

personas conforme nos acercábamos a Rodeo.

Sabrina iba abrazada a mí, jugueteando e intentando morderme el lóbulo de la oreja. Repentinamente alguien salió de un portal.

Sabrina intentaba morderme y yo procuraba interceptar sus labios con los míos.

Y tropezamos.

El tipo que nos arrolló era un individuo pequeño, rubio, escondido tras unas grandes gafas de sol, completamente vestido de blanco, y con una camisa de seda brillante color tabaco.

Los tres rodamos por el suelo en revuelta confusión.

La minifalda de Sabrina se había subido hasta el cuello, pero el tipo aquel no le dio ni un ligero vistazo a los apetitosos muslos de la chica.

Se limitó a buscar apresuradamente sus gafas, volvérselas a poner y salir corriendo en dirección a uno de los múltiples restaurantes de la zona.

Me brindé a quitarle el polvo al vestido de la chica.

—¡Será grosero! —dije mientras me sacudía el polvo de los pantalones y de la chaqueta.

Y entonces me di cuenta.

—¡La cartera! Ese hijo de perra me ha quitado la cartera.

Miré hacia donde se había ido pero ya no estaba allí.

—Me parece que ha entrado en el Tropical Paradise… —añadió la chica.

—¡Pues vamos a por él!

El Tropical Paradise era el restaurante de moda. A la entrada un portero, vestido de *smoking* recibía a los comensales, y media docena de «botones» se encargaban de tomar sus coches y llevarlos hasta su aparcamiento privado.

Algunos de los coches que llegaron allí valían más de un millón de dólares: limusinas forradas de terciopelo, deportivos con manivelas de oro macizo, coches europeos carrozados por las más caras firmas…

Nosotros llegamos andando, lo que provocó que el portero mirase a través de nuestros cuerpos como si fuéramos invisibles.

—Oiga… ¿Ha visto entrar a un tipo canijo, vestía muy hortera con traje y zapatos blancos, y con corbata de color tabaco?

Por un momento pensé que no nos había oído.

Después sin mover los labios, y con una voz casi inaudible dijo:

—No.

Mientras tanto, miraba en otra dirección, como si le diera vergüenza ser visto junto a nosotros.

—Escúcheme… —insistí yo—. Ha tenido que verlo: era un tipo rubio, con gafas de sol…

—Le he dicho que no —me contestó dignándose a mirarme, aunque sus ojos despidieran fuego.

Yo soy educado y cortés, siempre que lo permitan las circunstancias. Pero ésta era una de las ocasiones en las que podía no serlo.

Aparté al portero de un empujón, tomé a Sabrina por la muñeca y entré en el restaurante.

Los botones, como una jauría de perros bien entrenados se lanzaron en mi persecución.

Nosotros ya habíamos cruzado el umbral y estábamos en el salón; todas las mesas estaban abarrotadas de personal. Allí estaba Francis Ford Coppola, Jessica Lange, Dustin Hoffman, Taluhla Morton, Victoria Principal, Oscar Benhenmayer, Michael Caine, Liz Taylor, Paul Newman, Robert de Niro, Frank Sinatra, Jack Nicholson, Angélica Houston, Madonna, Lawrence Kosdan, Georges Hamilton, Julio Iglesias… pero, sobre todo estaba él.

Se hallaba en una mesa que compartía con otro individuo y dos despampanantes rubias.

Sin más preámbulos me dirigí hacia su mesa, arrastrando a Sabrina.

Las conversaciones cesaron en todas las mesas, menos en la de él, que ni siquiera nos había visto.

El silencio reinó en el salón y todos los ojos se clavaron en mí.

Yo, que tantas veces había mirado a mis estrellas favoritas era, en estos momentos, el motivo de su atención.

De una mesa situada al lado de la de él, se levantaron cuatro tipos que parecieron sacados de una película de *gánsteres*.

—¡Chorizo! ¡Devuélveme mi cartera! —le grité al ladrón.

Sólo entonces levantó los ojos de la carta y los fijó, durante una décima de segundo en mí. Luego, sin inmutarse volvió a leer el menú.

Ocho manos cayeron sobre mí, inmovilizándome.

—Al señor Dalten no le gusta que le molesten —dijo uno de los *gánsteres*, en voz baja.

Y, como por arte de magia, quedamos ocultos por sus cuatro cuerpos que nos rodearon.

Dos segundos después volábamos por los aires y aterrizábamos en el rudo asfalto de la entrada del Tropical Paradise.

Sabrina, mientras se frotaba las doloridas nalgas, no pudo reprimir un suspiro.

—Es Budd D. Dalten, el productor de éxito del momento.

—Como si se trata del mismísimo Gary Cooper —respondí yo—. Ese tipo me devolverá mi cartera.

Cruzamos la acera, y nos dispusimos a esperar a que saliera.

Mientras tanto, rebusqué en mis bolsillos, y encontré un paquete de tabaco, unos dólares sueltos, el pasaporte y «mi» tarjeta de crédito.

—¿Para qué querrá ese tipo mi cartera? —me pregunté en voz alta—, debe de tener más billetes que los que yo sería capaz de encontrar en toda mi vida.

—A lo mejor es cleptómano. O le gusta la excitación de lo prohibido. —Dijo Sabrina.

—Pues conozco una buena medicina para esas enfermedades.

Encendí un cigarrillo y me senté en el bordillo a esperar que saliera.

Sabrina se acurrucó entre mi brazo y dijo:

—Así me gustan los hombres, decididos y que no se dejen pisotear.

¡Ahora sí que estaba decidido a darle un escarmiento a míster Budd D. Dalton!

CAPÍTULO II

El tipo aquel, el famoso productor, tardó más de tres horas en salir. Tres horas en las que debimos aguantar las desagradables miradas del portero, las amenazantes posturas de los botones y de los *gánsteres,* las bromas de los jóvenes que pasaban en coche, y, hasta la limosna de una despistada señora que, al vernos sentados en la acera pensó que se trataba de dos vagabundos.

Por fin, una lujosa limusina se acercó a la puerta del Tropical Paradise y se detuvo ante ella. El portero abrió el coche, con una gran reverencia y míster Budd D. Dalten y sus tres acompañantes se sumergieron dentro del vehículo en una milésima de segundo.

Si no hubiera estado atento, se habría escapado con toda facilidad.

Me levanté de mi incómodo e improvisado asiento y me dirigí hacia el coche. Los *gánsteres* se interpusieron entre nosotros y ellos.

La limusina arrancó haciendo chirriar sus neumáticos sobre el asfalto.

Yo di media vuelta y busqué un taxi con la vista.

—¿Dónde te crees que vas? —dijo uno de los *gánsteres* apoyando su mano en mi hombro.

No tenía tiempo de comentar mis planes con el «gorila».

Me giré en redondo y le clavé el codo en el estómago.

Tenía una buena capacidad torácica, casi más que Sabrina, ya que estuvo soplando durante un par de minutos.

Sus compañeros, en lugar de acudir a ayudarle, como se hace entre buenos amigos, vinieron a por mí.

—Espérame un momento, nena —le dije a la chica, mientras le indicaba que subiera a la acera.

Estábamos en mitad de la calzada, varios vehículos se habían

detenido a la espera de que nos largáramos de allí.

—Sólo es un momento —les dije con aire de pedir disculpas.

Y sólo fue un momento.

Al primer gorila le descerrajé una patada en la boca.

Cayó de espaldas como una torre que se derrumba.

Al segundo lo esquivé, agachándome, y dejando que todo el peso de su corpachón cayera sobre mis espaldas.

Giré, me levanté bruscamente, a la vez que lo tomaba por los pies, y lo lancé en brazos del último de los *gánsteres.*

Éste, con las manos ocupadas, y la vista tapada por el cuerpo de su compañero, no vio como mi pie avanzaba a la velocidad de un misil, hacia su entrepierna.

Se dobló como una gamba.

Yo aproveché aquel momento fuera de juego, para buscar un taxi entre los coches que se habían detenido al vernos pelear.

Subí a él con Sabrina.

—¿Dónde vamos, amigo? —me preguntó el conductor.

—De momento, vaya hacia delante, hasta que localicemos un vehículo, una limusina blanca…

Pareció como si toda su vida hubiera estado espejando aquella orden, maniobró con extraordinaria habilidad, sorteando los coches detenidos, subiendo a la lacera y circulando unos metros en ella, hasta que salió del atasco en primera posición y enfiló Rodeo Drive.

Circulaba a tal velocidad que ni siquiera podía Liarme cuenta del color de los semáforos que, inevitablemente, se saltaba.

Él sabía que teníamos que correr si queríamos alcanzar la limusina.

Y corrió… ¡Vaya si corrió!

Si hubiera habido un equipo de filmación en aquella calle, noventa por ciento de las cosas que hizo nuestro taxista, hubiera servido como escenas de acción en una película; invadió el carril contrario, derrapó entre un par de coches detenidos en un semáforo y, juego, esquivó la riada de coches que pretendían seguir avanzando transversalmente.

Sólo le faltó saltar por encima de un autobús para que aquella carrera pareciera una escena de película de James Bond.

—Hacía tiempo que no me divertía tanto… —murmuró el taxista.

—Conduce usted muy bien… —dijo Sabrina deslumbrada por las habilidades del chófer—. Fui «stuntman» en varias películas: «Bullit» «*Blues* Brothers», «Los caraduras», «Fórmula muerte»… Pero hacerlo para el cine no tiene mérito: cortar las calles, llevas cinturones de seguridad, hay bombero1 cerca… ¡Es más divertido hacerlo en vivo!

Al fin, en la lejanía, vimos nuestra limusina.

—¡Allí! ¡Aquélla es! —gritamos Sabrina y yo a dúo.

Tanto la chica como yo estábamos excitados, pero a ella se le notaba más, por su agitada respiración que no había pasado desapercibida para el conducto: que tenía enfocado el espejo retrovisor sobre el asiento trasero.

—¿Quiere que la detenga? —me dijo con una sonrisa salvaje.

Pensé que era capaz de sacar un «bazooca» y disparar sobre la limusina, así que dije:

—No. Limítese a seguirla.

En dos minutos aquel vetusto taxi colocado a la altura del lujoso vehículo.

Los cristales del coche eran de esos que no permiten ver en su interior, pero que desde él se puede ver todo lo que sucede fuera.

—Espero que se haya dado cuenta de que estamos aquí… —le dije a Sabrina.

—Ya les aviso yo —me replicó el taxista.

Dio un volantazo y su taxi se lanzó sobre el lateral de la limusina.

La pintura saltó en esquirlas, la chapa crujió como si un tanque le hubiera disparado un obús.

Pero nada en su interior demostró que Budd D. Dalten se hubiera enterado de que estábamos allí.

Circulamos en paralelo durante un montón de kilómetros: recorrimos una parte de Wilshire Boulevard, de la Western Avenue, Santa Ana Freeway, Manchester Avenue, Harbour Freeway, La Brea Avenue, San Diego Freeway, Santa Mónica Boulevard, y el Lincoln Boulevard.

—Este tipo me parece que quiere despistarnos —dijo el taxista después de aquel laberíntico recorrido—. Pero no lo conseguirá.

La limusina parecía querer ir hacia el aeropuerto.

—¿La detengo? ¿Quiere que los inmovilice? —preguntaba cada

dos segundos nuestro taxista.

Yo, indefectiblemente, le decía que no.

Por fin, la limusina entró en el terreno del aeropuerto.

Se dirigió hacia la zona internacional. Allí se abrieron las puertas y Budd y sus tres acompañantes bajaron corriendo, mientras la limusina arrancaba a toda velocidad.

Mi taxista se detuvo, justo donde tres segundos antes se hallaba el coche de Budd.

—¿Qué le debo? —le pregunté a nuestro bravo chófer.

—Es gratis. A cambio de que me avise la próxima vez que venga a Los Ángeles.

Le guiñé el ojo y salí corriendo, con Sabrina, detrás de Budd y sus amigos.

Ellos arrollaban todo lo que encontraban a su paso: personas, maletas, carritos…

Hasta que llegaron a la zona de embarque.

Mostraron su pasaporte a los policías de Aduanas y se perdieron por un pasillo que indicaba «Vuelos Privados».

La chica y yo llegamos sin resuello.

Yo le tendí mi pasaporte al poli, esperando que le diera el vistazo tan rápido como al de Budd.

—¿Tienen avioneta privada? —me preguntó el poli.

—No.

—Entonces muéstreme su tarjeta de embarque.

Fue una discusión tonta. Estuvimos casi cinco minutos, intentando convencerle de que sólo queríamos atrapar a aquel tipo que me había robado la cartera.

«Aquel tipo» debía de ser muy popular en Hollywood, ya que el policía se sonrió cuando oyó lo de mi cartera. Pero no nos dejó pasar.

Nos había burlado.

—Bueno —dije yo—. Lo único que nos queda es tomar una copa… Quiero decir: un vaso de leche. Y volver a casa.

—No creo que sea necesario —replicó la chica—. ¿De verdad quieres recuperar la cartera?

—Claro.

—Conozco a un tipo en la Torre de Control… ¡No te muevas! ¡Espera un segundó!

Sabrina se perdió entre la gente y apareció unos minutos después.

—Budd se ha ido a Manaos. ¿Vamos a por él?

—¡¡¡Vamos a por él!!! —contesté yo sin dudarlo ni un segundo.

Gracias a la tarjeta «Oro» de crédito, obtuvimos dos billetes para el primer vuelo a Río de Janeiro, que salía dentro de dos horas.

Los ojos de Sabrina brillaban de excitación.

—Brasil… —murmuró en voz baja—. ¡Todo un sueño!

En el avión, me demostró que no sólo en sus ojos estaba la excitación.

Todo comenzó con una frase que me dijo:

—¿Has visto la película «Enmanuelle»?

—Sí… —repliqué yo.

—¿Recuerdas la escena del avión?

Claro que la recordaba.

Y nunca se me olvidará. Sabrina consiguió que aquella secuencia resultara de película de dibujos animados. ¡Nunca hubiera podido imaginar que se pudieran hacer tantas y tan variadas cosas, bajo la manta que nos dio la azafata!

Cuando tomamos tierra en Río de Janeiro, yo era lo más parecido a un ex campeón del mundo de los pesos pesados de boxeo, después de perder su corona en quince asaltos.

Pero Sabrina estaba decidida a ver mundo: me arrastró hacia la ventana de billetes, y pidió dos pasajes Brasilia.

Allí, se puso en cola para sacar billetes para Manaos.

Yo estaba desfondado, sentado en una de las incómodas sillas del aeropuerto, cuando vi pasar a una de las rubias que acompañaban a Budd.

Se dirigió a la zona de embarque, y montó en un autobús que la llevó hasta una avioneta a reacción estacionada en una esquina de la pista.

Rápidamente tomé a Sabrina por el brazo.

—¡¡¡Están allí!!! ¡Tenemos que atraparlos!

Miró la avioneta, me miró a mí, y me dijo:

—¿Para qué sacar billetes si…? Espérame en el W. C. de caballeros.

Y se perdió nuevamente entre el público.

Yo obedecí y la esperé donde me había indicado.

Tardó cinco minutos en llegar. Venía acompañada por un tipo con mono de mecánico que intentaba afanosamente, meter sus manos bajo la minifalda de Sabrina.

Estaba dándose un beso de tornillo. El venía de espaldas a mí, y ella de frente. La chica se separó unos segundos de su ventosa y me preguntó:

—¿Es tu talla?

—Sí, pero… —respondí, sin entender nada de lo que sucedía.

Le golpeó en la nuca con su bolso. ¿Qué diablos llevaría allí dentro?

—Ponte el mono, esconde al tipo y espérame en la entrada de personal —me dijo antes de salir nuevamente al exterior.

La obedecí y, cinco minutos después llegó ella, vestida con otro mono similar al mío.

Cruzamos la entrada a la pista, ante la indiferencia de los guardias, subimos a una furgoneta y nos dirigimos hacia la avioneta de Budd.

Ya habían retirado las escalerillas y las puertas de entrada de pasajeros estaban cerradas. Únicamente las de la bodega permanecían abiertas. Un mecánico estaba inspeccionando el tren de aterrizaje.

Le tendí un billete de diez dólares.

—¿Tiene inconveniente en que nos coloquemos junto a las maletas…? Tenemos prisa y…

—Es como si fuera ciego —dijo a la vez que se apoderaba del billete, demostrando que, si era ciego, no era manco.

Quince minutos después despegábamos rumbo a Manaos.

Si el vuelo hasta Río de Janeiro había sido agotador… Imagínense éste y tengan en cuenta que no teníamos luz, ni nada en que entretenernos, así que…

CAPÍTULO III

Aquel vuelo fue mucho peor que el otro, fue como si un oficinista hubiera decidido enfrentarse contra los campeones del mundo de los pesos pesados, en las dos versiones y treinta asaltos.

A la insaciable curiosidad sexual de Sabrina, había que añadir el piloto particular de Budd D. Dalten.

O se trataba de un especialista en acrobacias aéreas, o le habían concedido el carnet de piloto en un sorteo por correspondencia.

—Las caídas en picado, los *loopings,* las vueltas y revueltas y los virajes en seco, parecían ser su obsesión.

Por otra parte, Budd y sus amigos viajaban con un buen número de maletas, que se amontonaban en la bodega donde nos hallábamos nosotros.

Y todas, absolutamente todas, acabaron por tropezar con mis costillas a lo largo de aquel maldito viaje.

Sabrina ni se enteró cuando uno de aquellos baúles caía sobre ella. Sólo estaba concentrada en lograr un orgasmo en «caída libre» y el piloto y yo no íbamos sincronizados, así que realicé mi cupo de ejercicio para todo el resto de mi vida.

Cuando el avión tomó tierra yo estaba listo para ser internado en una Unidad de Cuidados Intensivos. Además, el hecho de tomar tierra sentado sobre las duras placas metálicas de la bodega de un avión, no es lo mismo que hacerlo sobre los mullidos acentos de la clase turística.

Resumiendo: cuando Sabrina dijo que sería mejor ir al fondo de la bodega y esperar un rato antes de salir, yo me arrastré a toda velocidad en la dirección que indicaba la chica, me abracé a algo parecido a una turbina y me dispuse a dormir un rato y recuperar fuerzas.

Me despertó Sabrina.

Fuera era de noche y las maletas habían desaparecido.

—¿Dónde estamos? —pregunté intentando acordarme de lo que sucedía.

—Estamos en Manaos, Brasil. Yo soy Sabrina, y hemos venido a recuperar la cartera que te robó míster Budd D. Dalten. ¿Algo más?

Estaba hecho polvo, pero recordé toda la historia con la corta frase de la chica, y lo primero que hice fue preguntarle si tenía algo de valor en la cartera.

La respuesta fue: no.

Entonces… ¿Qué demonios hacía yo cometiendo toda clase de locuras del brazo de una ninfómana? ¿Quién me había mandado meterme en este berenjenal? ¿Qué diablos hacía yo durmiendo en una incómoda bodega de avión, cuando tenía a mi disposición una lujosa vivienda en Hollywood, propiedad de mi amigo el millonario Brian Higgs?

No pude contestar a ninguna de las preguntas: Sabrina se apoderó de mi mano, y estiró de ella con fuerza.

—Vamos, Indy, He oído que tenían reservas en el Wild Piranha Hotel. Allí podremos encontrar a Budd.

Y, casi sin darme cuenta, me encontré corriendo por la pista en dirección a la terminal.

Coger un taxi en Manaos es toda una aventura: primero tienes que zarandear a un dormido taxista hasta conseguir que abra un ojo, después confiar en que sea un hombre amable de despertar y que no te envíe a la porra, a continuación vienen unos minutos de regateo, y después has de confiar tu vida en manos de un loco que conduce entre cabezada y cabezada.

Manaos es una ciudad interesante: a principios de siglo era el único punto del mundo donde se comerciaba con caucho. Las fortunas que se amasaron en aquella época son míticas. Los prohombres del caucho hicieron, en medio de la selva, una ciudad que nada tenía que envidiar a las grandes ciudades como Londres o París: impresionantes palacios, un grandioso teatro (el Teatro Amazonas) donde se han celebrado óperas con los mejores cantantes del mundo, lujosos hoteles, impresionantes jardines botánicos… todo esto en aquella época.

Hoy, la realidad es bien diferente. La ciudad sigue estando

rodeada por la selva virgen y los edificios subsisten pero los millonarios desaparecieron, cuando cayó el monopolio del caucho, y la ciudad se hallaba poblada por
400 000
habitantes, muchos de los cuales viven del aire.

Pasear por sus calles es como hacerlo por un decorado de cartón piedra, para una película de Hollywood. Los pordioseros se juntan en las escaleras del Teatro Amazonas. El Mercado Central parece un tenderete de objetos de segunda mano y el noventa y nueve por ciento de las barcas amarradas en su puerto fluvial, parecen sacadas de la Primera Guerra Mundial. ¡La «Reina de África» sería un lujoso transatlántico a su lado!

El taxista nos llevó hasta el Wild Piranha Hotel, un hotel moderno y con aspecto confortable.

Pedí una habitación y me dispuse a subir a la cama y dormir 24 horas, sin siquiera detenerme a ducharme.

Sabrina no era de mi parecer.

Mientras me retenía por la manga de la chaqueta, comenzó a interrogar al conserje.

En dos minutos, y con diez dólares de menos en mi cartera, lo sabía todo: Budd y sus amigos estaban en la selva, habían alquilado varios *jeeps* y guías, y había salido a localizar exteriores para su próxima película de aventuras. No sabía «*exactamente*» dónde había ido, pero tenía una «noción».

Sabrina insistía en que saliéramos tras ellos. Yo era partidario de reponer fuerzas y salir en su búsqueda a la mañana siguiente.

Por extraño que parezca gané yo, o eso pensé en aquel momento.

Subimos al dormitorio y me arrojé sobre la cama. Fui cayendo en el sueño de esa manera suave y maravillosa que caen las personas muy agotadas: poco a poco, y viendo las cosas que suceden a tu alrededor, como si se tratase de una película con sonido muy bajo y fotografía difuminada.

Con los ojos entreabiertos vi a Sabrina cerrar la puerta, oí como preparaba la ducha, la vi mirando por la ventana y la oí cantar bajo el grifo del agua.

Y después hizo su entrada triunfal.

No podía enrollarse la toalla al busto, si no se la colocaba en

posición horizontal.

Y, aun así, a duras penas conseguía anudársela.

Así que entró con los pechos medio desnudos, una toalla que sólo le llegaba al ombligo, y unos labios en forma de corazón, silbando un «*blues*» sensual y provocador.

Salté de la cama, me apoderé del teléfono y pedí al recepcionista que alquilase un *jeep* para dentro de media hora.

Regateé a Sabrina, que me cerraba el paso hacia el cuarto de baño, y me encerré dentro de él.

Estuve quince minutos bajo la ducha. Cuando salí la chica ya se hallaba vestida y dispuesta a la aventura.

Así que, a las tres de la madrugada, vestido con pantalones de *sport* y chaqueta (todo ello muy sucio y arrugado), me puse al volante de un *jeep,* y me sumergí en la oscuridad de la selva.

En diez minutos la carretera de asfalto se había convertido en una pista forestal de tierra, en la que florecían plantas de todas las clases. Los árboles gigantescos y tupidos, formaban una bóveda sobre nosotros, impidiéndonos ver las estrellas y la luna. Sabrina intentaba guiarme, con la ayuda de un mapa, una linterna con pila moribunda, y unas apresuradas notas tomadas durante la charla del recepcionista.

—Tiene que ser por aquí… —insistí una y otra vez.

Yo no estaba muy tranquilo. Si Budd y sus amigos hubieran decidido ir tan cerca de Manaos, habrían vuelto al hotel para pasar la noche. Y si no lo habían hecho era porque estaban bastante más lejos de lo que suponía Sabrina.

Sin saber cómo, la pista forestal había desaparecido de debajo de las ruedas de nuestro «todo terreno» y rodábamos sobre hojarasca y raíces. Repentinamente, la pila de la linterna se despidió de nosotros y del mundo. Sabrina la zarandeó un poco, sin obtener más resultados que los últimos estertores agónicos, antes de que la oscuridad total cayera sobre nosotros.

—Yo no sigo más —dije con tono decidido.

—Cariñín… —me replicó Sabrina abrazándose a mí—. Si tienen que estar por aquí… —«Por aquí» es un término muy ambiguo para referirse a un punto de la inmensa selva amazónica…

—Sólo un poquito… —insistía ella—. Estoy completamente segura de que antes de diez minutos los habremos encontrado…

—No. ¡Y haz el favor de soltarme el cuello…! ¡Me haces daño!

Ni me contestó, ni aflojó su abrazo, que me apretaba la garganta y me impedía respirar con normalidad.

—¿Quieres hacerme… el favor… de soltarme?

—Indy… Yo no te estoy tocando… Eres tú el que me abrazas a mí.

No era posible. Mis manos reposaban tranquilamente sobre el volante.

Decidido a darle una lección, aparté la mano derecha del volante y la cerré con fuerza en su brazo firme y resbaladizo.

¡SSSSHHHHHHHIIIIIHHHSSS!

—Lo que faltaba… —dije tranquilamente—. ¡Una anaconda!

—Indy… no me achuches tan fuerte y deja de decir tonterías… ¿Qué es una anaconda?

—La mayor serpiente del mundo…

—¡¡¡AAAAAAYYYYY!!!

Tuve que sujetarla para impedir que saltara del coche y se perdiera para siempre en la oscura selva.

—Quieta… Espera un momento. Si tenemos sangre fría, conseguiremos salvarnos —le dije mientras buscaba mi mechero en el bolsillo.

Lo encontré, lo saqué y lo encendí. Sí, éramos tres en el coche.

La anaconda rodeaba el *jeep* y a nosotros como si fuera un lazo de un paquete de Navidad. Sabrina volvió a chillar. Yo fui más práctico.

Primero coloqué en la boca de la serpiente el voluminoso paquete de provisiones, para impedir darnos un bocado. Después tomé un machete y comencé a repartir golpes a lo largo de su cuerpo.

Cuando una anaconda, que puede medir hasta diez metros y posee un cuerpo musculoso y duro, siente un «tajo», contrae su cuerpo, por eso lo mejor es repartir muchos golpes breves en diferentes sitios, rompiendo su ligazón muscular.

De no hacerlo así, existe la posibilidad de que contraiga la zona que rodea tu cuello y…

Esa posibilidad se dio. Sabrina comenzó a boquear, y yo también. Pero con dos certeros golpes deshice el abrazo de la chica.

Y, casi sin fuerzas, propiné tres golpes más en la zona que me

rodeaba a mí.

La anaconda, como si fuera una serpiente rota, cayó nacidamente.

Sabrina se había apeado y luchaba por hacer ejercicios que introdujeran aire a sus pulmones.

No quise ser «chistoso» y me ahorré los comentarios que se me ocurrieron, sobre el tiempo que podía haber aguantado la chica sin respirar, gracias a la amplitud de sus «depósitos».

En cinco minutos nos habíamos repuesto ambos.

—Volveremos al hotel —dije decididamente.

—Ni pensarlo. No hemos llegado hasta aquí y luchado con la mayor serpiente del mundo, para rendirnos ahora.

—Pero…

—¡Nada, nada! Tú estás cansado y por eso quieres volver. ¡Es lógico! Déjame que conduzca yo un rato mientras tú descabezas un sueñecito…

—Pero… —intenté protestar.

No me sirvió de nada. Ella se había sentado al volante y luchaba por poner en marcha el motor.

—Sube, que nos vamos.

Obedecí convencido de que me hallaba en manos de una loca peligrosa.

Arrancó en seco, haciendo saltar al *jeep*. Dio un volantazo, que casi me expulsa, y enfiló hacia un árbol gigantesco.

Yo pensé que no era aquél el mejor lugar para descabezar un sueño.

Sabrina hizo girar el coche, esquivó el árbol, saltó sobre una raíz inmensa, derrapó sobre la maleza húmeda…

—¿Estás convencido de que puedo conducir?

No me dio tiempo a contestar. El coche se inclinó hacia delante.

Oí un ¡SSPPPLLLAAAASSSSHHHH!

Y el agua llenó el suelo del *jeep* llegando hasta nuestras rodillas.

CAPÍTULO IV

Parecía imposible, pero Sabrina acababa de clavar el *jeep* en el Amazonas. Me mordí la lengua para no hacer ningún comentario, pero ella sí que los hizo.

—No me mires así…

Yo tenía los ojos cerrados.

—… No digas nada.

—Sé lo que estás pensando.

No lo sabía. Ella estaba convencida de que yo estaba pensando en lo inepta que era. Y yo sólo pensaba en que es muy incómodo dormir dentro del agua.

—Es una buena ocasión para tomar un baño y refrescarnos. Unas aguas como las de la parte alta del Amazonas, sin contaminar, sin residuos, sin basura… —dijo mientras se desnudaba y metía una de sus piernas en el agua.

—Tienes razón —le repliqué—. En esta parte el Amazonas es un ecosistema vivo. Toda su fauna y flora está intacta: las voraces pirañas, las anguilas con descargas eléctricas que pueden electrocutar a una persona, las serpientes de agua, los sigilosos cocodrilos…

Sólo introdujo una pierna en el agua. La otra quedó en el aire a unos centímetros de su superficie.

Aquí falló el principio de Arquímedes, aquel de «dadme un punto de apoyo y moveré la Tierra». Sabrina, sin ningún punto de apoyo, dio un impresionante salto en el vacío, de varios metros, y aterrizó muˆ cerca de donde yo me hallaba.

—Creo que tienes razón: será mejor que volvamos al hotel… —dijo con un hilillo de voz. Animado por la posibilidad de un pronto descanso intensivo, me desperecé del sueño y bajé del *jeep*.

Verdaderamente, estábamos en muy mala situación; todo el motor se hallaba inundado por el agua y, aunque pudiéramos sacarlo, sería muy difícil extraer el «todo terreno» de las aguas del río. Se hallaba muy metido y carecíamos de punto alguno para hacer palanca y sacarlo.

Cuando oyó esto, Sabrina comenzó a llorar.

—No te preocupes, nena. Volveremos al hotel y…

—¿Cómo vamos a encontrar el camino? —me cortó ella.

—Tú tenías un mapa y unas notas… —dije procurando que la voz no traicionara el miedo que comenzaba a correr por mis venas.

—No sirven de nada. Casi no se ven las estrellas, ni la Luna… Hacía rato que me había perdido y no sabíamos por dónde marchábamos. Intentaba que pasásemos por algún sitio conocido y retomar la senda.

¡Un sitio conocido! Como si en la selva hubiera monumentos, edificios notables o puestos de helados.

Pero en estas ocasiones es cuando un hombre demuestra su coraje, donde el aventurero tiene ocasión de poner a prueba su sangre fría, su valor sin límite, su arrojo y valentía.

—Es muy fácil —le dije—. Si hemos salido río arriba, no tenemos más que seguir la corriente del Amazonas y dentro de un rato llegaremos a Manaos.

Me miró boquiabierta.

Y es que los aventureros, en muchas ocasiones, además de coraje, sangre fría, valor, arrojo y valentía, tenemos unas gotas de eso llamado inteligencia… o sentido común.

Comenzamos la marcha, sin mapa, sin pilas, sin coche… caminando como bravos excursionistas.

Continué la marcha yo solo, ya que Sabrina se torció el tobillo y hube de transportarla a hombros, como si se tratase de un niño pequeño.

Terminé la marcha reventado, limpiando el suelo de la selva con la lengua, y arrastrando los pies como si fuera un viejo de doscientos años.

Por fin, tres horas después de emprendida la «excursión», llegábamos a las afueras de Manaos, encontramos un taxi y nos dirigimos al hotel.

Estaba plenamente convencido de abandonar la persecución del

productor de cine, de dejar que siguiera adelante con su «cleptomanía» y de abandonar en sus manos mi cartera en la que, además, no había nada de valor. Si estaba persiguiéndolo, era por «cuestión de principios» y era ya hora de hacer una «cuestión de finales».

Pasé por recepción sin dejar que Sabrina hiciera una sola pregunta sobre Budd D. Dalten.

Una vez en la habitación, pedí unos cafés con leche, y tostadas, para ayudarnos a reponer fuerzas y dormir, ya que yo estaba decidido a consumir todas las energías que me quedaban en dormir.

Para mayor seguridad, puse un somnífero en el café con leche de Sabrina y me dispuse a dormir durante doce horas seguidas.

Me equivoqué. Para mí fueron 24 horas, y para chica dos más, ya que se me había ido la mano en el somnífero y me costó un buen rato despertarla.

Amanecía cuando lo logré. El sol apuntaba sobre las copas de los árboles de la selva próxima, anunciando un día radiante.

Pedí el desayuno y salí al balcón.

Sabrina se unió a mí.

El contacto de su piel me produjo un cosquilleo, síntoma inequívoco de que ya había recuperado todas mis fuerzas.

Por otra parte, todos mis propósitos de la noche anterior, me parecían ensoñaciones febriles.

¡Claro que tenía que recuperar mi cartera! ¿Quién era ese mierda de productor, para arrebatarle algo a Indiana James?

Salimos del hotel durante un par de horas para comprar algo de ropa nueva: camisas, pantalones, mudas…

Y, después, al regreso me dirigí a recepción.

Ya estaba bien de dejarme guiar por Sabrina, ahora era yo quien tomaba el mando. Y ese maldito podía empezar a darse por perdido.

—¿Sabe usted dónde se halla *exactamente,* míster Dalten? —le pregunté al conserje.

El recepcionista me miró sonriente, sin decir ni una palabra.

Saqué un billete de diez dólares para ayudarle a recordar.

Su rostro se iluminó y dijo:

—En estos momentos se halla volando sobre el Pacífico.

—¿Cómo?

—Sí. Regresaron al poco tiempo de partir ustedes. Recogieron

todas sus cosas, y partieron hacia el aeropuerto…

—¿Sabe adónde se dirigían?

Se miró las puntas de las uñas, mientras murmuraba:

—Algo le oí cuando hablaba por teléfono… Era un nombre muy extraño y muy difícil de recordar… Diez dólares más.

—Dijo que se dirigía a Borneo, a una ciudad llamada Tenggarong.

Pagué las habitaciones, saqué dinero en efectivo, con «mi» tarjeta de crédito y marchamos hacia el aeropuerto.

Había varias avionetas de alquiler, elegí la que parecía más segura y, tras pagar por adelantado, nos dirigimos a Borneo.

Sabrina me miraba extasiada.

Si había decidido conocer mundo, alojarse en buenos hoteles, tener algunas aventuras… yo era la persona indicada.

Lo que yo no tenía muy claro era cómo iba a convencer a míster Higgs de que estaba derrochando su fortuna, dando la vuelta al mundo, en busca de una cartera dentro de la cual no había absolutamente nada de valor.

Pero otra de las características de los aventureros, es la de dejar que los problemas se presenten en su momento. Y tardaría varios días en volver a ver a míster Higgs.

Eso me recordó que debía de llamar a Jim Tonic y tranquilizarle sobre mi ausencia.

Desde el avión, y vía satélite, le llamé.

—¡Ahhh! ¡Ahhh! —me respondió Jim.

—¿Te sucede algo? ¿Estás bien?

—¡Ahhh…! ¡Perfectamente! ¡Ahhh! Sólo que una de mis enfermeras me está dando un… ¡Ahhh! Tratamiento, que…

—Sólo quería decirte que no te preocupes por mi ausencia…

—¿No estabas en casa?

—No. Ahora estoy sobre las islas Galápagos, camino de Borneo —le expliqué con un cierto tono de satisfacción aventurera en la voz.

—Perfecto, chico. Yo estoy ahora mismo…, ¡AAAHHHHHHH! En el séptimo cielo. ¡Ya me contarás a la vuelta!

Y colgó.

—Parece que tu amigo se lo pasa bien… —me dijo Sabrina mientras metía sus dedos por las aberturas de mi camisa.

Si ustedes buscan Manaos en un mapa, verán que se encuentra muy próximo a la línea del ecuador. Sucede lo mismo con las islas Galápagos y con Borneo. Y el ecuador es el punto donde los rayos del sol caen perpendicularmente sobre el planeta, es el punto más caluroso del globo.

¿Hará falta que les avise que, entre Sabrina y yo, conseguimos que ese calor elevara en varios grados su temperatura?

El viaje, de bastantes horas de duración, transcurrió casi sin darnos cuenta…

Llegamos a Borneo al mediodía.

Borneo es la mayor de las islas que componen la nación de Indonesia, que se halla formada por más de 13 000 islas. Una buena parte de ella está formada por selva. Pero selva como debe de ser: inexplorada en muchos casos, donde ningún ser humano ha puesto jamás sus pies.

De vez en cuando, alguna expedición científica descubre una tribu indígena que vive como si se hallara en la Edad de Piedra y que nunca antes había entrado en contacto con la civilización.

En los últimos años, grandes compañías multinacionales están arrasando miles y miles de hectáreas de selva, para cortar sus árboles y fabricar pasta de papel.

Borneo ha sido uno de los lugares típicos de la aventura: su población es una mezcla de piratas malayos, comerciantes de opio chinos, sultanes feudales, blancos buscadores de oro y metales preciosos, árabes traficantes de esclavos… Ya se pueden imaginar dónde íbamos a caer.

En Tenggarong, a donde nos dirigíamos, no hay aeropuerto, propiamente dicho, pero sí que se pueden encontrar unos claros en la selva habilitados como pista de aterrizaje para pequeñas avionetas de turistas.

Allí nos dejó el piloto; en una zona comprendida entre la densa selva de altísimos árboles y unos arrozales que se extendían hacia el horizonte.

Le rogamos que permaneciera con nosotros, a lo que el piloto accedió de buena gana, al saber que iba a alojarse en el mejor hotel de la ciudad, el Imperial Colonnial Palace, el sitio donde, sin ningún lugar a dudas, se hospedaba Budd D. Dalten y sus amigos.

CAPÍTULO V

El Imperial Colonnial Palace tenía muy poco que envidiar a los mejores hoteles de Miami, Las Vegas, Nassau o cualquier otro sitio turístico.

Pero yo no me detuve en su contemplación.

Esgrimiendo mi tarjeta de crédito como si fuera una tarjeta de visita, contraté dos habitaciones y pedí información sobre el productor de Hollywood.

El recepcionista se brindó, sin necesidad de sobornarle, a darnos toda la información necesaria, ya que yo me había presentado como amigo de Budd.

—Me dijeron que volverían en un par de días. Creo que alquilaron un helicóptero para dirigirse a la selva en busca de exteriores para rodar una película…

Sus ojos brillaban cuando pensaba que todo un numerosísimo equipo de cineastas de Hollywood iba a alojarse en el hotel, dentro de unos meses.

—¿Sabe en qué dirección partieron? ¿Adónde se dirigían?

—Creo que hablaron de algún punto del río Mentabhan.

Ya era bastante. El rió Mentabhan es un pequeño afluente del Mahakam. Nos armamos de varias guías y cartas de navegación y convencimos al piloto que nos llevara hasta allí.

Salimos después de que el piloto hubiera dormido un montón de horas, tiempo que Sabrina y yo empleamos en recorrer la ciudad, conseguir una pistola que ya empezaba a echar en falta, y enterarnos de las peculiaridades de la selva de Borneo.

A Sabrina le desaparecieron las ganas de aventura cuando descubrió que aquella zona es una de las más ricas en fauna y flora de todo nuestro viejo planeta.

Fauna muy peculiar, compuesta de orangutanes, tigres, serpientes, insectos venenosos… y flora entre la que se hallan algunos de los más notables ejemplares de plantas carnívoras.

—¿Es absolutamente necesario encontrar a Budd? —preguntó con un hilillo de voz.

—No creerás que he dado media vuelta al mundo para rendirme ahora.

No dijo nada, pero mi argumento no pareció convencerla, y eso que antes lo había utilizado ella.

Cuando llegamos al hotel, saltó sobre mí. Buscando media docena de combates «cuerpo a cuerpo» a los que era tan aficionada.

Pero yo ya empezaba a conocerla.

¿Qué sucedería cuando consiguiera salir a rastras de entre las sábanas y pedir que nos subieran la comida?

Pues sucedería que no tendría ganas de nada, sólo de dormir.

Así que, imitando a Bruce Lee, me defendí de sus «ataques» lo mejor que pude.

Claro que… perdí un par de asaltos.

Al piloto de la avioneta le sucedía lo contrario que a mí: cuanto más descansado estaba, más claras veía las cosas.

—¿Lo han pasado ustedes bien? ¿Se han dado cuenta de que hay una posibilidad entre cien de que Realicemos a esa gente? ¿Y de que aunque logremos encontrarlos, mi avioneta no podrá tomar tierra donde lo haya hecho un helicóptero?

No admití ninguna de sus pegas: los localizaríamos y, si aún fuera necesario, saltaríamos sobre ellos en paracaídas.

Sabrina lanzó un grito.

—¿Paracaídas? Nunca he usado un trasto así, ni pienso hacerlo.

—No te preocupes, ya lo haré yo. Tú solo tendrás que permanecer abrazada fuertemente a mí desde que salte hasta que lleguemos al suelo.

Partimos a la mañana siguiente.

El piloto nos había conseguido un paracaídas, había exigido el pago por adelantado, y me había montado un «pequeño equipo de supervivencia», compuesto de botiquín de urgencia, provisiones de boca, linternas, infiernillo y demás útiles, que ocupaban casi tanto como un camión de gran tonelaje, aunque él había conseguido meterlo todo en una mochila. También se había comprometido a

esperarnos durante una semana en Tenggarong.

Remontamos el río Mahakam sobrevolando algunas pequeñas ciudades y campamentos madereros. Y cuando nos cruzamos con el Mentabhan y seguimos su curso hacia su nacimiento, sólo encontramos bajo nosotros, la selva más inextricable.

Allí ya no había ningún vestigio de civilización, ni de poblaciones. Sólo la naturaleza reina y señora de toda la tierra que había a ambos lados del río.

La avioneta planeó cerca de la superficie, en busca de alguna señal de vida.

Fueron dos horas de marcha lenta, hasta que una columna de humo que surgía de un claro a la orilla del río, nos indicó que allí había un campamento.

Los árboles ocultaban la presencia de sus componentes, pero en el claro estaba estacionado un helicóptero, y se hallaban instaladas un par de tiendas de, campaña.

—Tiene que ser ahí —dije sin apartar los ojos del campamento.

El piloto dio un par de vueltas sobre el claro, intentando ver a alguno de sus ocupantes.

Yo buscaba nerviosamente con unos prismáticos a Budd D. Dalten.

—¡Allí está! —grité feliz al ver su sombra entre los matorrales.

—¿Estás seguro? —me interrogó Sabrina a punto de desmayarse de miedo—. ¿No te habrás confundido?

No me molesté en responderle. Rápidamente me coloqué el paracaídas a las espaldas. Preparé las correas que habrían de sujetar a Sabrina a mi pecho, y tomé la mochila con la mano derecha.

—¡Vamos! ¡Antes de que huya!

—Pero… ¿Ya has pensado bien lo que vas a hacer cuando lo tengas ante ti?

—¡Claro que sí; le cogeré por las solapas, le obligaré a que me devuelva la cartera, le daré una buena paliza, tomaremos su helicóptero y volveremos al hotel!

Dicho así, parecía muy fácil. Era como decir: «Voy, los mato y vuelvo». A mí el plan me parecía apropiado pero, a Sabrina, a juzgar por sus miradas, no le parecía un plan tan seguro.

Intentó utilizar conmigo su estrategia habitual.

Se acercó a mí con los labios abiertos, mirándome a los míos.

La dejé hacer.

Se abrazó a mí, buscando el mayor contacto de sus senos con mi pecho.

Y… ¡CLACK!

El pestillo de sus correas quedó cerrado.

—Pero… ¿Qué haces?

No le contesté. Me limité a abrir la puerta y saltar al exterior.

Casi me quedo sordo del grito que lanzó la chica.

Pero un segundo después, quedó muda, mirando hacia el suelo entre los dedos con los que se había intentado cubrir los ojos.

El bosque venía hacia nosotros a gran velocidad.

Además de la correa de seguridad, Sabrina se abrazaba a mí con la misma fuerza de nuestra anaconda de Manaos. Y, si fuera poco, había clavado las uñas en mi espalda, como si fuera un águila arrastrando un pesado cordero para sus polluelos.

Tiré de la anilla del paracaídas y un brusco estirón casi me arranca los hombros del cuerpo.

A partir de aquel momento comenzamos a descender con suavidad hacia el suelo.

Yo seguía sin poder ver a nadie en el campamento. Solamente, durante una décima de segundo, me pareció ver la sombra de Budd, escondiéndose tras un grueso tronco.

Diez metros antes de tomar tierra, solté la mochila para evitar entrar en contacto con el suelo, cargado con tantos kilos de peso.

Flexioné las rodillas, y alcé a Sabrina por las axilas.

CRACKKK.

Mis pies chocaron contra el tronco.

SSSSHHHHIIIIISSSS.

El viento arrastró el paracaídas.

PLINK, CLOCK, SHHAGGG…

Rodamos ambos sobre el suelo, arrastrados por el paracaídas.

¡¡¡CLACK!!!

Resonó un rifle al ser montado.

Unas ramas detuvieron nuestro alocado rodar sobre las malezas.

Cuando alcé la vista, tres hombres blancos, que parecían escapados de Sing-Sing, nos apuntaban con unos rifles capaces de tumbar rinocerontes.

—¿Quién demonios sois vosotros? —me dijo uno de ellos acercándome el cañón de su arma hasta mi ojo derecho.

—¿Dónde está Budd? —respondí.

—Aquí las preguntas las hago yo —me dijo el presidiario.

Sin molestarme en responderle, di un vistazo en torno mío, buscando al productor de Hollywood.

No había nadie que se le pareciera. Ni a él, ni a su amigo, ni a las dos rubias.

Nos habíamos equivocado.

—¿Vas a contestarme antes o después de que te dispare? —me preguntó el que me estaba apuntando.

De entre los árboles aparecieron tres tipos más.

El dedo del presidiario comenzó a apretar el gatillo.

—Ten cuidado, no le des a la chica. Ella nos puede servir de postre… —dijo uno de sus compañeros.

—Está bien, está bien… —comencé a decir—. He venido en busca de un tipo que me ha robado la cartera…

No me salían las palabras adecuadas para contar la historia.

—¿Cómo se puede decir que has viajado de Los Ángeles a Manaos, y desde allí a Borneo en busca de un tipo que te ha quitado la cartera en la que no llevas nada de valor?

¿Cómo se puede conseguir que alguien se crea esa historia?

Improvisé un poco.

—En realidad soy un explorador de la «Paper Company», he venido a localizar zonas forestales para talar y ver si el gobierno nos concede permisos de explotación…

Había acertado. Los rifles miraron al cielo. Los labios sonrieron. Una mano se tendió hacia a mí para ayudarme a levantarme…

… Y once manos más se dirigieron a Sabrina para ayudarla a deshacerse de los correajes.

—Esta zona ya está ocupada —me dijo el ex presidiario, palmeándome el hombro—. Nosotros estamos encargados de limpiarla de indígenas antes de que vengan las máquinas de talar árboles.

—¿Estáis expulsando a los indígenas? —pregunté ingenuamente.

Un coro de carcajadas acogió mis palabras.

—Sí. ¡Eso mismo! —me contestó el ex presidiario—. Los estamos expulsando… ¡al infierno!

Mientras decía esto, sus compañeros me mostraron unos aros de alambre en los que llevaban ensartadas varias orejas humanas.

Sabrina abrió tremendamente los ojos, y acto seguido se desmayó.

Varios de los «cazadores de hombres» se apresuraron a intentar reanimarla a base de «respiración boca a boca» y «masajes cardíacos».

Yo procuré que no se me notara la rabia en el rostro.

—Pobrecilla: es mi secretaria y… quería aventura…

—¿Cómo pagáis vosotros el par de orejas? Cuando terminemos aquí podemos hacer un trato.

—No me ocupo yo de esas cosas… —repliqué intentando salirme por la tangente.

—Ya comprendo. Tú eres un «pajarraco de oficinas». Pues dile a tus jefes que la cuadrilla de Sam Masterson, trabaja por quinientos dólares el indígena muerto, más los gastos. Y para demostrar que los hemos matado, entregamos las orejas. No nos gusta «sisar», como hacen otros equipos, que matan por ochocientos y dicen que han sido más de mil. ¡A nosotros nos van las cuentas claras! ¡Tantas orejas entregadas, divididas por dos y multiplicadas por quinientas…! Ése es nuestro precio.

Tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar allí mismo.

Sam Masterson me llevó hasta el helicóptero y me enseñó sus trofeos: en una caja se apilaban varias docenas de aros metálicos, ensartados de orejas, como si se tratase de collares de muerte.

—En cada uno caben veinte orejas… Diez que no darán guerra cuando lleguen a trabajar los madereros.

Tenía ganas de saltarle al cuello y arrancárselo de un bocado. Por un momento había dejado de sentirme un ser humano, y me veía como un perro, como una rata, como el más abyecto de los animales.

Pero no hizo falta que lo hiciera.

De entre los árboles de la selva salió un susurro en forma de flecha.

Un susurro que se clavó en la nuca de Sam, atravesándola y saliendo bajo la nuez.

No pudo ni lanzar un grito.

Un chorro de sangre salió por la abertura y cayó sobre mi

camisa.

—¡Atención! ¡Nos atacan! ¡Han alcanzado a Sam! —gritó uno de sus hombres, mientras abandonaba los cuidados que estaba proporcionándole a Sabrina.

Las flechas comenzaron a silbar en torno nuestro.

Sam cayó de rodillas ante mí, tendiéndome las manos, como si estuviera suplicándome que le ayudase.

No podía hacer nada por él.

Pero sí que podía hacerlo por mí, para encontrarme mejor.

Le di una patada en la boca que lo lanzó varios metros de espaldas.

Después me apoderé de su fusil y corrí hacia donde estaba Sabrina, que comenzaba a recobrar el conocimiento.

CAPÍTULO VI

En unos instantes, las flechas se enseñorearon del aire, como si se tratara de una inmensa bandada de mosquitos.

Los hombres de Sam se habían parapetado tras los objetos que habían encontrado más próximos y disparaban sin cesar sobre la nada.

¡No se veía absolutamente a ningún enemigo!

Las flechas parecían surgir milagrosamente de entre los árboles, pero era imposible ver a los hombres que las lanzaban.

Tomé a Sabrina del brazo y la arrastré hacia el helicóptero.

—¿Dónde te crees que vas? —me gritó uno de los hombres de Sam, al ver nuestros movimientos.

Fue la última pregunta de su vida.

Sin hacer puntería, le descerrajé un tiro en la cabeza.

Nadie podría aprovechar aquel par de orejas.

Empujé a Sabrina dentro del helicóptero y me senté a los mandos.

En pocos segundos el rotor comenzó a funcionar, y las palas cogieron velocidad.

Los hombres de Sam, que no se habían dado cuenta de lo sucedido con sus compañeros, comenzaron a replegarse hacia nosotros.

Yo amartillé el rifle.

—¿Qué vas hacer? —me preguntó Sabrina.

No le respondí.

Abrí fuego sobre el que estaba más próximo.

Su cuerpo saltó por los aires en una pirueta de payaso.

Los dos supervivientes dejaron de disparar sobre la selva y apuntaron sus armas sobre mí.

—No escaparás, hijo de perra… —gritó uno de ellos.

Una bala entró por la puerta y salió astillando el cristal delantero.

Yo dejé de disparar y me concentré en el aparato.

Teníamos que despegar como fuera. Si no lo conseguíamos, o los blancos o los indígenas, darían buena cuenta de nosotros.

Desgraciadamente, el cristal roto, me impedía ver la maniobra.

Cuando el helicóptero comenzó a elevarse, tuve miedo de que las palas tropezaran con las ramas de algún árbol.

Flechas y balas silbaban en torno mío, pero yo no podía entretenerme en contemplarlas. ¡Tenía que subir! El aparato ganó un metro…

… dos…

… tres…

… cinco…

Ya estábamos lo bastante lejos para que los dos asesinos no consiguieran encaramarse al helicóptero.

Pero no lo bastante como para estar fuera del alcance de sus tiros.

Ni ellos de los míos.

Disparé a placer.

Nunca había sentido satisfacción al matar a un semejante. Nunca hasta aquel día.

De dos tiros, eliminé del mundo a dos de sus más sanguinarias y venenosas alimañas.

Hice que el helicóptero permaneciera unos minutos, sobre el llano.

En poco tiempo, los indígenas salieron al claro. Y nos miraron con sorpresa.

Habían dejado de disparar y tras unos instantes de contemplarnos, se dedicaron a rebuscar entre las pertenencias de los muertos.

Cinturones, relojes, mecheros, tabaco, paquetes de comida…

Obligué a Sabrina a que se sentara a los mandos.

—Sujétalos así, sin moverlos… —le dije.

Yo, después me dirigí a la trasera, rebusqué entre las cajas, hasta hallar provisiones de boca, y las arrojé por la puerta abierta, sobre una zona libre de indígenas.

Al principio, al oír el ruido salieron despavoridos, después, se acercaron tímidamente a observar aquellos «regalos».

Sentía lástima por ellos. Una pena infinita por aquellos seres ingenuos e inocentes, que debían de perder a sus mujeres, hijos y hermanos, para que cualquier oficinista de un país «civilizado», pudiera ponerse «*parquet*» en el suelo de su salón.

Indiqué a Sabrina la forma de hacer que el helicóptero avanzara unos centenares de metros, hasta situarnos sobre el río, y marchar hacia su desembocadura, durante un rato.

Y allí arrojé las cajas de orejas.

Después volvimos hacia Tenggarong.

El viaje transcurrió en silencio.

Estuve más de tres horas detenido en comisaría, explicando de dónde había sacado el helicóptero. Les conté todo lo que había visto. Todo… menos el hecho que yo había disparado sobre los blancos.

Hice bien. Seguramente los policías sabían lo que sucedía a los indígenas, y guardaban silencio con la boca llena de unos pocos dólares americanos.

Me dejaron libre sin cargos.

Cuando regresé al hotel, Sabrina y el piloto me estaban esperando.

—¿Problemas? —me preguntó él.

Negué con la cabeza.

El comprendió que no tenía ganas de hablar.

—Estaré en mi habitación. Llámeme cuando me necesite —se despidió.

No tenía ganas de cenar. Tomé a la chica por el brazo y subimos a la habitación.

Nada más cerrar la puerta, le desabotoné ansiosamente la blusa, le bajé las faldas, y le arranqué bruscamente la ropa interior.

Después la arrastré hacia la ducha, mientras yo me desnudaba.

Nos encontramos bajo el chorro de agua templada.

Mis labios buscaron nerviosamente los de ella.

Mis manos recorrieron todo su cuerpo.

Ahora sí que la necesitaba. Ahora sí.

Precisaba de ella, de su ansia, de su deseo insaciable.

Quería que me dejara sin fuerzas, moribundo, al borde del

desfallecimiento…

Ya que, de no ser así, esta noche ya no conseguiría conciliar el sueño.

Lo hicimos en la ducha, sobre la moqueta del suelo, a los pies de la cama, en la cabecera, sobre uno de los sillones, entre las sábanas…

No sé cuántas veces lo hicimos. Nunca pensé que mi cuerpo podría resistir tanto.

Pero, seis horas después, caí dormido.

Tampoco sé qué tiempo permanecí en sueños.

Sólo recuerdo la cara de Sabrina, acariciándome el rostro, poniéndome paños empapados de agua fría, empujándome hasta mis labios un cuenco con zumo de frutas…

Cuando volví a poder hablar, habían pasado seis días.

—Has tenido un ataque de fiebre… —me dijo ella.

—No. Ha sido un ataque de mala leche, de rabia, de impotencia… que se ha manifestado como si fuera fiebre. Hay veces que el cerebro está tan asqueado que se niega a que el cuerpo siga funcionando… Los médicos le llaman «proceso psicosomático».

Y entonces me acordé.

—¿Qué sabes de Budd?

—Regresó ayer por la mañana, y al mediodía partieron hacia Hong Kong.

Me levanté de la cama de un salto.

Odiaba a Budd D. Dalten. Lo odiaba a muerte.

Por su culpa yo había saltado en paracaídas al infierno, y había visto la mismísima cara de Satanás disfrazado de Sam Masterson y sus secuaces.

¡Por su maldita culpa!

¿Por qué no hace películas de aventuras en las que se denuncian estas cosas?

¿Por qué siempre tenía que ser un chico guapo el que rescataba a su novia del «malo» que pretendía hacer cualquier tontería?

—¿Hong Kong has dicho? Llama al piloto.

—Pero… no estás en condiciones… no creo que puedas…

La tomé por los hombros y la tumbé sobre la cama. Mi cuerpo buscó el suyo. Y ella sonrió complacida cuando el placer comenzó a inundarla.

—¿No estoy en condiciones? —pregunté burlonamente.

—Llévame al fin del mundo —me contestó.

Una hora después despegábamos hacia Hong Kong.

Me gusta esta ciudad.

El que crea que New York es el lugar del mundo donde se encuentran los mayores contrastes, es que no conoce Hong Kong.

Allí se entremezclan las mayores fortunas del mundo con la miseria más cruel, los negocios más importantes, con la delincuencia más poderosa, los satisfechos burgueses con los paupérrimos refugiados del sudeste asiático, los yates lujosos con los más modestos sampans…

Me gusta Hong Kong y es una ciudad que conozco bien[1].

El aeropuerto de Kay Tak se hallaba cerca de la península de Kow Loon, situada al norte de la isla de Hong Kong, y una de sus pistas parece hundirse en el océano.

Es uno de los lugares del mundo que más recuerda a un hormiguero. Aviones de todos los lugares inimaginables, descargan sus pasajeros en el aeropuerto, donde todas las razas del mundo se entremezclan y chocan, sin una mirada a la persona con la que acaban de tropezar.

Ejecutivos que han de firmar un importante contrato, tratantes de blancas, comerciantes en busca de un descuento en sus compras, traficantes de armas, mendigos, asesinos que necesitan patrón que les contrate, traficantes de droga en busca de su carga, terroristas, editores de revistas, fabricantes de juguetes, empresarios textiles, genios de la informática…

Todos ellos se cruzan por los pasillos de Kai Tak, sin conocer la historia de cada persona que tiene frente a ellos.

Me gusta Hong Kong.

A pesar de sus *triadas*, las legendarias bandas de delincuentes que controlan diferentes barrios y que han extendido sus tentáculos hasta las más poderosas ciudades del mundo como New York, Hamburgo, Ámsterdam, Sídney, París, San Francisco, Miami…

Sí. Era el escenario ideal para enfrentarme, cara a cara con Budd D. Dalten.

CAPÍTULO VII

Nos alojamos en el mejor hotel, en el Coral Harbour, situado en Causeway Bay, entre el mar y el Victoria Park. Y, después de instalarnos y ducharnos, bajamos a la recepción y pedimos por míster Dalten.

El conserje, amable, educado y ceremonioso, me miró a los ojos, y tardó unos segundos en contestarme.

Unos segundos en los que valoró mi persona, en los que decidió si yo era de los que matan o de los que mueren, de los pobres o de los ricos, de los que se ahogan o de los que viven, de los que pagan o de los que cobran…

¡Qué diferencia con el conserje de Borneo!

Aquí de nada me hubiera servido poner un cheque en blanco sobre el mostrador. El conserje me hubiera dicho:

—Lo siento. No sé de quién me está hablando. Y lo dijo:

—Lo siento. No sé de quién me está hablando. Mentía descaradamente. Mentía muy bien.

Lo averigüé porque Sabrina, estiró de la manga y me indicó que mirara hacia la puerta.

En aquel momento el amigo de Budd, y las dos despampanantes rubias salían al exterior y se introducían en una limusina que les estaba esperando.

Tomé a Sabrina por el brazo y la arrastré hacia el primer taxi libre.

—Siga a aquella limusina —me limité a decir.

El chófer puso en marcha el motor de su vehículo, sin el menor gesto de sorpresa. Se limitó a preguntar:

—¿Desean que lo haga de una forma discreta, sin que se den cuenta los de la limusina, o les da igual?

—Mejor si no se dan cuenta.

—Perfectamente.

La limusina marchaba por la Connaught Road West, hacia la costa Oeste de la isla.

El taxista, como si se hubiera dedicado toda su vida a seguir a otros coches, mantenía la distancia justa, ni demasiado lejos con el riesgo de perderlos, ni demasiado cerca con la consiguiente posibilidad de que descubrieran que los estábamos siguiendo.

—Creo que nos dirigimos hacia Aberdeen —le dije, a Sabrina.

—¿Aberdeen? ¡Eso está en Escocia!

—Sí, pero como todas las colonias inglesas, han rebautizado los lugares con nombres de su tierra natal: Stanley, Discovery, Bay, Port Island, Gloucester… y tantos otros. —Conoces muy bien Hong Kong. ¿Cómo es Aberdeen?

—Es uno de los lugares típicos que se deben enseñar a los turistas. Se trata de una bahía muy cerrada y, por tanto, al abrigo de los habituales tifones que azotan estos mares. Su característica más importante es que, en medio de la bahía, hay una auténtica ciudad, formada por miles de juncos y sampans, unidos entre sí. Allí es donde viven un buen número de pescadores, gente de pocos recursos económicos.

Entre las barcas se alzan los más lujosos restaurantes que te puedas imaginar: barcos de tres pisos, en forma de pagodas, donde a precios también de lujo, te sirven todas las delicias de la cocina de Cantón, de Shangai… o de París.

Sabrina callada escuchando mis explicaciones. Su mirada estaba perdida en el mar, brillaba bajo la luna llena, y sobre el que se veían las diminutas formas de cientos de barcos de pesca faenando.

La fragancia del mar nos llegaba a través de la ventanilla abierta del taxi.

Efectivamente, tal y como yo había imaginado, la limusina se dirigió hacia Aberdeen y descargó a sus ocupantes en el muelle.

Nosotros indicamos al taxi que se detuviera a la sombra de unos bloques de pobres apartamentos.

Mientras pagaba al taxi, di un vistazo y pude observar como los amigos de Budd subían a una barca que les iba a transportar hasta el lujoso *Golden Seven Seas Fish.*

No quería ir en la misma barca que los amigos de Dalten, para

que no pudieran avisarle de mi presencia en Hong Kong, así que esperamos en un tétrico portal, hasta que su barca arrancó.

Entonces salimos al exterior dispuesto a ir al embarcadero y hacer que nos llevasen también a nosotros.

O, por lo menos, ése era mi plan. Pero las *tríadas* no estaban de acuerdo con mis propósitos.

Oí un grito sofocado a mis espaldas. Me giré en redondo.

Dos hombres vestidos con pijamas negros (o así me lo parecieron), tenían sujeta a Sabrina, tapándole la boca, y con un cuchillo apoyado en su yugular.

Un golpe seco en los riñones, me indicó que también tenían algo para mí.

Caí al suelo, con el gesto contraído de dolor, sin aire en los pulmones, y con la sangre golpeándome en las sienes.

Rápidamente, nos cargaron como fardos y nos arrimaron a la pared.

Un moderno camión apareció ante nosotros, con la trasera abierta, y se acercó marcha atrás, hasta donde nos hallábamos.

Como si fuéramos un par de sacos, nos arrojaron a su interior. Seis hombres subieron junto a nosotros.

El camión arrancó con suavidad.

La única luz que nos iluminaba, provenía de una lámpara de gas colgada del techo de la caja.

Dos hombres me tomaron por los brazos y me arrastraron hasta la mitad de la calle. Otro más se situó frente a mí.

Yo casi no podía moverme. A duras penas había conseguido que unos milímetros cúbicos de aire entraran en mis pulmones, que protestaron, ya que estaban acostumbrados a una dosis mayor y más frecuente.

El tipo que había frente a mí, el que parecía el jefe, el único que llevaba un pañuelo blanco anudado a la cintura de su «pijama negro», hizo un gesto con una de sus cejas, y noté como las manos de los hombres se aferraban con más fuerza por los brazos.

Sin decir ni una palabra, ni hacer ningún gesto que le delatase, «Pañuelo Blanco» dio un salto en el aire y estiró con fuerza su pierna derecha.

Su pie se estrelló contra mi boca.

Noté un concierto de percusión cuando mis dientes

entrechocaron.

Antes de volver a apoyarse en el suelo, «Pañuelo Blanco» encogió su pierna derecha y lanzó la otra contra mí.

Me alcanzó en la barbilla, obligándome a girar la cabeza hacia uno de los lados.

Un sabor salado, un sabor a sangre, me inundó la boca.

A un nuevo gesto del «jefe», me alzaron por los sobacos dejando mis pies a un par de palmos del suelo.

El saltimbanqui aquel volvió a ejecutar una nueva pirueta.

Una de sus piernas se estrelló en mi plexo solar.

Dejé de respirar.

La otra me alcanzó en la entrepierna. Dejé de vivir.

El filo de su mano derecha se estrelló contra mí yugular.

Dejé que la oscuridad que reinaba dentro de mi cabeza se poblase de un estallido de fuegos artificiales.

La otra mano me golpeó, de canto, entre los dedos anular y corazón.

Sentí como si me hubieran abierto el brazo hasta el codo, me había desgarrado la mano.

A continuación los otros seis tipos me golpearon a placer.

Pero no me importó.

Después de la paliza recibida me sentía como si estuviera muerto y aquello no fuera conmigo.

Después de diez minutos, a mil golpes por segundo, me dejaron caer sobre el suelo de la caja del camión.

Reboté como un pelele desmadejado y descubrí que no podía mover ni un solo músculo de mi cuerpo.

Desde el suelo vi como «Pañuelo Blanco» sacaba una ampolla de cristal de su traje, la rompía y derramaba su contenido dentro de un cubo de metal lleno de agua.

A continuación me lo lanzó a la cara.

No sé qué sería aquello que habían puesto en el agua, pero me animó como si se tratara de una dosis concentrada de «Gurumvital»… «Pañuelo Blanco», muy sonriente, se situó ante mí, mientras sus secuaces me sujetaban.

—Todo esto que te hemos hecho mis hombres y yo, ha sido antes de averiguar si eres amigo o enemigo. ¡Imagínate lo que les hacemos a los enemigos!

Dejó transcurrir unos cuantos segundos antes de preguntarme:

—¿Quieres ser amigo nuestro?

—Si, sí, sí, sí, sí, sí… —dije apresuradamente.

—Perfecto. Entonces tienes que contestar a algunas preguntas…

¡Cielos! Seguro que tendría que inventarme otra historia que sustituyera a la de «la cartera robada que no valía nada».

—¿Qué hacías siguiendo a los amigos de míster Dalten?

Afortunadamente, soy escritor y sé cómo salir de estas engorrosas situaciones.

Uno de los mejores trucos es contar una historia de un tirón sin dar lugar a que tu interlocutor se haga preguntas.

Lo malo es que hay que saberse bien la historia… o improvisar en toda regla.

—Te lo voy a explicar —comencé a inventar—. Soy detective privado, y trabajo en Nueva York. Hace unos días se presentó en mi despacho una ancianita, la señora Wallace y me dijo que su hija, que quería ser artista de cine, había sido contratada por míster Dalten para una de sus superproducciones. También me dijo que su hija iba a emprender un largo viaje con el productor, para localizar los escenarios. La buena mujer tenía miedo de que alguien intentase hacer algo contra míster Dalten y, de rebote, pudiera alcanzar a su hija. Ya se sabe que el mundo está lleno de locos que disparan contra Lennon, los Kennedy, Reagan, o cualquier otro personaje famoso, como míster Dalten. También deseaba saber si el productor iba con buenas intenciones, o deseaba propasarse con su hija y dejarla abandonada después.

Los ojos del chino fueron perdiendo su silueta almendrada, hasta convertirse en unos perfectos círculos.

—Y… ¿Usted se creyó que míster Dalten iba a viajar por el mundo sin buscar escolta? —me preguntó.

—No. Ya sé que estas cosas no suceden así. Pero aquella anciana me ofrecía la posibilidad de viajar por todo el mundo, pagando ella, y yo no podía dejar de pasar por alto esta oportunidad. «Pañuelo Blanco» comenzó a reír.

—Eres un pillo redomado. Y te has querido pasar de listo. Lo malo es que ahora sabes que míster Dalten está protegido por nosotros, por los hombres de Sin Ling Tai, mientras realice negocios con él. Pero, por haber colaborado con nosotros, no te vamos a

eliminar, te daremos una oportunidad, una entre un millón, pero si tienes suerte…

Sin Ling Tai es un honorable habitante de Hong Kong, famoso por sus muchos negocios que van desde la exportación e importación de cualquier cosa, hasta las producciones cinematográficas, las cadenas de «fast food», los transportes aéreos, la publicidad…

Un grito de Sabrina distrajo mi atención.

Uno de los hombres que la sujetaba tenía una jeringuilla en la mano y acababa de introducirle su contenido en una de las venas de la chica.

Noté un pinchazo en el brazo. No necesité volverme para saber lo que había sucedido.

El techo del camión se fue alejando, alejando, alejando de mí. Se volvió de color rosa. «Pañuelo Blanco» sonrió mientras su rostro se volvía verde.

Me habían inyectado droga.

Alguien abrió la trasera del camión.

«Pañuelo Blanco» dijo:

—La chica quedárosla.

Me acercaron a la puerta abierta.

Me empujaron.

Rodé sobre el suelo, incapaz de moverme.

Sólo podía ver.

Ver como unos gigantescos zapatos de policía se acercaban a mí…

CAPÍTULO VIII

En unos segundos, dos pares de botas policiales, se habían detenido ante mis ojos.

Noté como unas manos rebuscaban en los bolsillos de mi chaqueta, de mis pantalones…

El otro tanteó mis calcetines…

—Aquí, sí.

Noté como sacaba algo. No pude ver lo que era, pero oí su voz:

—Heroína. Heroína pura… ¡Debe de haber un cuarto de kilo!

—Pues me parece que lleva aún más en las venas… Verdaderamente, los hombres de Sin Ling Tai, habían firmado mi condena de muerte. Aquellos polis me llevarían a la cárcel, sin pasaporte, sin posibilidad de acudir a mi Embajada, sin…

Me alzaron por los brazos y me depositaron sobre la acera. Ahora estaba mirando al cielo, a las mil luces de colores que proclamaban a los cuatro vientos, toda clase de placeres sexuales que se ofrecían a los mugrientos establecimientos que llenaban la calle.

Yo seguía sin poder moverme.

Pero podía observar como varias prostitutas, camellos y rateros, se inclinaban hacia mí, rodeándome y mirándome con curiosidad.

Allí, donde un muerto vale menos que el papel de periódico que se emplearía para amortajarlo, un blanco drogado, todavía era motivo de curiosidad.

Una sirena, al principio lejana y luego dentro de mis tímpanos, anunció la llegada de la ambulancia.

Me colocaron dentro. Los dos policías se subieron junto a mí.

—Cuando se le pase el efecto de la dosis, y tenga el «mono» le interrogaremos.

—Él nos puede dar suficientes datos para que nos asciendan. Un tipo que lleva un cuarto de kilo encima, no es un traficante cualquiera… —decía uno de los policías.

—Sí. Será mejor que no demos parte de él, hasta que lo hayamos interrogado.

No sea que uno de los jefazos quiera apuntarse un tanto a nuestra costa…

Yo comenzaba a poder mover el cuello, y enfocar mis ojos hacia donde deseaba mirar. Los efectos de la droga, que dudaba que fuera heroína, comenzaban a disiparse.

Uno de los policías llamó con los nudillos a la ventana que le separaba del conductor. Intercambiaron sólo un par de frases, y un poco del contenido del paquete que me habían extraído de los calcetines.

La sirena dejó de sonar.

La ambulancia abandonó la calle principal por la que circulábamos y se introdujo en un sórdido callejón débilmente iluminado.

Diez minutos después se detuvo, ante la puerta de lo que parecía ser el garaje de una modesta casa de una planta.

Levantaron la cortina metálica y la ambulancia se detuvo dentro.

Me arrastraron fuera de la ambulancia.

El garaje estaba atiborrado de todo tipo de objetos: ruedas gastadas, llaves inglesas, cadenas, puertas de coche, tapacubos, cristales parabrisas… parecía más, un taller de desguace de vehículos robados, que otra cosa.

—Yo me quedo con él. Tú vete a la «zona», no sea que el comisario realice una inspección y note nuestra ausencia.

—De acuerdo. Volveré dentro de un par de horas. Confío en que, para entonces, se le hayan pasado los efectos de la heroína.

Salió y bajó bruscamente la cortina metálica, produciendo un estrépito ensordecedor que me taladró los oídos.

Los efectos de la droga se estaban disipando, y el cuerpo comenzaba a recordarme la bestial paliza que me habían dado hacía no mucho rato.

Procuré no moverme para no incrementar los dolores.

El policía se había sentado frente a un pequeño aparato de TV,

que había conectado, y estaba entretenido en contemplar una película china, hablada en chino, y protagonizada por chinos.

Yo seguí sin hacer ningún movimiento.

Disponía de dos horas antes de que volviera el otro «pasma».

Dos horas para recuperarme, para olvidarme del dolor, para trazar un plan que me liberara a mí, otro que me permitiera rescatar a Sabrina, y un tercero que me llevara junto a Budd D. Dalten.

¡Sólo dos horas!

Giré la cabeza suavemente, hasta poder ver con comodidad al poli.

Después busqué con la mirada algún objeto que me permitiera cortar las cuerdas que me ataban las muñecas.

No fue difícil encontrarlo. El suelo estaba sembrado de todo tipo de herramientas.

Empleé casi un cuarto de hora en atraer una afilada plancha de metal hasta mis manos. Realizaba los movimientos con todo cuidado, para no alertar a mi vigilante.

Además, el golpe de karate que me habían propinado entre los dedos de la mano, me habían desgarrado la palma, y cada movimiento era como una descarga eléctrica.

Después, con infinito cuidado para no hacer ruido, corté las cuerdas.

El simple hecho de aflojar la presión que mantenía juntas mis muñecas, me provocó una oleada de dolor en ambos brazos, que recorrió mis hombros, tórax, estómago, piernas, rebotó en los pies, y volvió hasta su punto de origen.

¡Pero, al menos ya estaba libre!

El poli chino seguía divirtiéndose con su telefilme. Únicamente se había levantado un momento para coger la lata de cerveza, y ni siquiera se había dignado a dirigirme una mirada.

En el momento en que echaba su cabeza hacia atrás, para vaciar en su garganta las últimas gotas de la lata de cerveza, yo di un espectacular salto.

Me planté ante él y le propiné el mejor puñetazo de mi vida.

Fue un «gancho» digno de Cassius Clay.

Su cabeza, ya inclinada, rebotó como si tuviera un muelle, y quedó finalmente, colgando desmadejada a uno de los lados.

Las últimas gotas de la lata de cerveza fueron a engordar una lustrosa mancha de grasa en el suelo.

No me molesté en averiguar si aquel tipo estaba vivo o muerto.

Hong Kong me había enseñado que no es una ciudad para detenerse en minucias.

Tomé su revólver, un impresionante Smith & Wenson 44 «Magnum», con cachas de madera, y me lo coloqué en uno de mis bolsillos de la chaqueta.

Aprovechando unos trapos que parecían limpios, me vendé la mano.

Después salí a la calle. No tenía ni idea de dónde me hallaba.

Afortunadamente nadie se había molestado en registrar mi cinturón, donde suelo guardar unos billetes para «casos de emergencia».

Caminé un par de calles hasta localizar un taxi libre que se detuvo cuando yo alcé la mano.

Al abrir la puerta, el conductor observó el «bulto» de mi bolsillo e intentó arrancar antes de que me subiera.

Lo cogí por el pescuezo y le metí un billete de veinte dólares en el cuello de la camisa.

—Tranquilo, chico. No tengo nada contra ti.

No había tenido tiempo de trazar un plan para rescatar a Sabrina. Pero sabía quién podía ayudarme a hacerlo: Sin Ling Tai.

También sabía que sería difícil, imposible, localizarlo.

Así que no tenía más remedio que seguir el camino inverso: hacer que él me localizara a mí.

Saqué mi revólver y dejé que el taxista lo contemplara con terror, por el espejo retrovisor.

—No tengo nada contra ti… —volví a repetir, como si estuviera loco—. Es para Sin Ling Tai, para quien guardo estas seis balas…

—¿Dónde quieres que te lleve?

—Allí donde haya más asesinos, más prostitutas, más ladrones, más drogadictos… ¡Llévame al infierno!

El taxista obedeció a la perfección mis instrucciones.

Media hora después me apeaba en el corazón del Barrio Chino.

La calle estaba en pleno apogeo, la droga circulaba a raudales… Entré en un bar de amplias cristaleras, y me entretuve a contemplar

la esquina de enfrente.

En poco tiempo me hice cargo de la situación; tres tipos estaban dedicados a vender «papelinas», otro era el encargado de «reponerles las existencias» y recoger la «recaudación». Y un quinto se dedicaba a reunir el dinero de los recaudadores.

Aquél era mi tipo.

Me acerqué a él, con la mano en el bolsillo, y amartillando la «Magnum», un arma poderosa que infunde confianza al que la empuña, haciéndole creerse un Superman capaz de todo.

El tipo, al ver lo que venía hacia él. Se giró, avisando con la vista a sus colaboradores.

Antes de que le rodearan para protegerlo, salté hacia él, y le puse el cañón de mi revólver a modo de inhalador nasal.

—Tranquilo, chico… —aquélla era mi frase favorita aquella noche—. No tengo nada contra ti. Pero quiero tener una charla con Sin Ling Tai y seguro que tú conoces a alguien que pueda presentármelo.

Sus ojos se abrieron como «Long *Plays*».

—Yo… nunca he oído ese nombre…

Empujé un poco mi revólver hasta que le hizo cosquillas en el cerebro.

—¡Sí, sí! —afirmó muy convencido—. Vete al bar Sin Cave y pregunta por Kai Tsi.

Obedecí sin hacer preguntas.

Estaba seguro de que lo había dicho con la vana intención de quitárseme de encima, pero su ingenuo truco le había dado resultado.

Quería que toda el hampa supiera que estaba buscando a Sin Ling Tai.

En el Sin Cave (La Gruta del Pecado) pedí por Kai Tsi.

No estaba, pero le apliqué al encargado el mismo tratamiento anticatarro que le había dado al «Camello Jefe».

Me dio otro nombre y otra dirección. En dos horas, «charlé» con doce personas.

Y, cuando me dirigía hacia el burdel más arrastrado, oí un rechinar de neumáticos a mis espaldas.

Me giré empuñando la «Magnum», y apuntándola hacia el ruido.

CAPÍTULO IX

El «ruido» era un camión que yo conocía muy bien. Era mi particular «cámara de las torturas».

Ellos eran siete: «Pañuelo Blanco» y su seis acólitos.

Yo tenía seis balas: las justas.

Seis muertos, y un superviviente para darme información.

El camión venía lanzado hacia mí. Yo aguanté a pie firme, sin abrir fuego para no disparar una de las balas que ya tenían propietario. Siguió avanzando.

Yo estaba con las piernas separadas, y algo flexionadas, mientras sujetaba con ambas manos la «Magnum».

Por fin frenó a unos diez metros delante de mí.

El primero en caer, cuando me aseguré de que había puesto el freno de mano, fue el conductor.

El segundo muerto fue el que me había puesto la inyección.

Luego, di un salto y me guarecí en la luminosa entrada de un «Peep *Show*».

Los tipos aquellos, además de karate, sabían usar sus armas.

Una rociada de balas acabó con un buen número de las infinitas bombillas que proclamaban los encantos de las chicas del interior.

Curiosamente la calle se había quedado desierta, como si hubiera caído una bomba de neutrones.

Salí corriendo hacia la acera de enfrente. Sólo me quedaban cuatro balas, y no podía desperdiciarlas en contestar a sus disparos. Con aquella maniobra los obligaría a gastar munición y…

Uno de ellos ya debía haberla gastado toda porque, abandonando la protección del camión, se lanzó sobre mí, volando por los aires.

No se trataba de una figura literaria: venía volando.

Su pierna derecha me apuntaba como una flecha, mientras la izquierda permanecía doblada bajo su cuerpo. Sus brazos hacían juego con sus piernas. Un puño estaba recogido a la altura del final de las costillas y el otro me apuntaba con los dedos separados y engarrados.

Lo cacé al vuelo con la misma facilidad con la que se puede matar una gaviota cuando va a coger un pescado muerto sobre la playa.

Pero la «Magnum» no es un arma corriente: a diez metros hace daño, mucho daño.

Le alcancé en el cuello.

Es decir, le separé la cabeza del tronco.

El cuerpo decapitado cayó sobre el suelo como una muñeca hinchable que se hubiera pinchado.

La cabeza salió despedida hacia atrás, rebotando hacia el techo de la caja del camión, y cayendo al suelo como una inofensiva pelota infantil.

«Pañuelo Blanco» la miró con ojos desorbitados.

Fue más fácil para mí.

Sólo tuve que hacer puntería entre las dos «dianas» que había sobre la nariz de «Pañuelo Blanco».

Perdí el rastro de la cabeza, pero por la forma en que desapareció, podría afirmar que ya había cruzado la frontera, y sobrevolaba en aquellos instantes, la cumbre del Everest.

Los otros tres perdieron la cabeza y avanzaron hacia mí, blandiendo unos machetes malayos, a la desesperada, como si se tratara de la «Ultima carga de la Brigada Ligera».

Los dos que venían en la parte exterior, quedaron empotrados en los anuncios de los «Peep Swow», «*Sex Shop*» y burdeles.

El tercero lo recibí con los brazos abiertos y con la rodilla levantada a la altura de la entrepierna.

Antes de que se repusiera del golpe, le hice una llave en el cuello, y le acaricié las amígdalas con la punta del cañón de mi «Magnum», ya sin balas.

Estaba seguro de que mi prisionero no se había entretenido a contar mis disparos.

Y acerté.

—¿Dónde está la chica?

No tuvo ningún problema en hablar, a pesar de que tenía la boca ocupada.

—La dejamos… en el «Palacio de los Mil Placeres». Está dos calles más arriba. En un edificio de cuatro plantas rodeado de jardines, con unos letreros luminosos que…

Saqué el revólver de su boca y le di con la culata en la nuca.

Cayó como un saco.

Yo me acerqué a «Pañuelo Blanco», rebusqué en sus bolsillos, recuperé mi tarjeta de crédito, mis dólares, mi pasaporte… en fin, todos mis papeles.

Después, tomé unas cuantas balas, comprobé que le servían a mi «Magnum», y me encaminé hacia el «Palacio de los Mil Placeres».

Lentamente, la calle comenzaba a recobrar la vida: las fulanas y demás fauna, comenzaban a poblar las aceras.

A lo lejos se escuchó la sirena de varios coches policiales.

Siempre llegaban cuando había terminado la función, pero en esta ocasión me gustaba que fuera así. Amanecía.

Fui andando hasta el «Palacio de los Mil Placeres». Era tal como lo había descrito mi «confidente» forzoso. Sólo que yo esperaba un edificio de lujo y era un local cochambroso.

Parecían unos grandes almacenes, dedicados al sexo. En la primera planta había tiendas de revistas «ilustradas», de películas, de vídeos, ropa interior, objetos sadomasoquistas… La segunda tenía tres salas de cine, cabinas privadas de proyección de vídeos y una pasarela en forma de U con los clientes sentados a sus lados, y unas chicas desfilando por allí, y enseñando sus interioridades al que le ofrecía unos dólares.

Los asientos de la pasarela estaban completamente vacíos, excepto una zona.

Justo aquélla en la que Sabrina estaba saltando a la comba completamente desnuda.

Miento, llevaba medias negras, ligueros y zapatos de tacón alto.

Los chinos, cuyas mujeres no suelen estar muy desarrolladas de pechos, la observaban conteniendo la respiración.

La chica sonreía feliz de causar tan buen efecto entre la clientela.

Sus grandes pechos se agitaban rítmicamente, arriba y abajo.

El público, más que *voyeurs* de un «Peep *Show*», parecían

espectadores de un partido de tenis vertical. En vez de mirar a uno y otro lado, sus cabezas subían y bajaban al ritmo de los pechos de Sabrina.

Desde luego, aquella chica tenía vocación de «viuda alegre»: en lugar de estar llorando mi defunción, se entretenía en provocar infartos entre el público. Guiñaba el ojo a los clientes, hacía mohines con los labios, se acariciaba…

Subí a la tarima de un salto.

Cesó la música y los saltos de la chica.

—¡¡¡INDYYYY!!! —gritó Sabrina lanzándose a mis brazos.

Me dio un beso y un «sobeteo» que hubiera permitido cobrar suplemento al público.

La aparté de mí, la tomé por un brazo y la hice bajar de la pasarela.

—Oiga, un momento. Yo he hablado con el encargado y me ha dicho que era el primero de la lista[2] —protestó uno de los chinos.

—No te pases de listo —le respondí—. Esta chica no está en alquiler.

Salimos de allí sin que nadie nos diera el alto.

Ya tenía mis papeles, a la chica…

¿Para qué necesitaba a Sin Ling Tai?

Para nada, podía saltarme ese paso y acudir en busca de Budd D. Dalten.

Aporreé a uno de los camareros, le despojé de su kimono y le indiqué a Sabrina que se cubriera con eso.

Seguramente el chino se hubiera librado del Servicio Militar por estrecho de pecho. Eso o… Sabrina estaba muy desarrollada.

Porque las costuras del kimono crujieron cuando ella se lo cerró sobre el pecho.

Elegí por la segunda explicación.

Salimos a la calle. Ya era de día. Los rótulos luminosos se habían apagado, las busconas dormían en sus camas. Sólo algún pequeño local, se resistía a cerrar sus puertas y esperaba a los clientes madrugadores.

Las calles se habían llenado de gente corriente que iba al trabajo, a la compra o a llevar sus niños al colegio.

Busqué un taxi y lo detuve.

—Llévenos al Coral Harbour.

Casi nos dormimos en la hora larga que duró el trayecto. Aquel tipo había decidido darnos un paseo turístico por Hong Kong… mientras corría el contador.

Cuando llegamos a la puerta del hotel, le pagué sin rechistar lo que marcaba el taxímetro. Mi cuerpo había recuperado sus viejos dolores, y ya no quería tener una disputa por cuestión de unos dólares de más o menos.

Curiosamente, el importe de la factura coincidía con el número de dólares que llevaba en el bolsillo. Parecía como si aquel «zorro del volante» hubiera dado un vistazo a mi economía.

Cuando entré en el hotel solo llevaba unos centavos. Pensé que era inútil preguntar en recepción por míster Dalten. El conserje nos diría que no conocía ese nombre.

Y lo haría con todo el derecho del mundo, ya que Sabrina y yo teníamos un aspecto que no hubiera inspirado confianza ni al mismísimo «Rey del Hampa».

Pedí la llave de nuestra habitación y subimos.

Sabrina se tendió sobre la cama, decidida a dormir.

Yo descolgué el teléfono y pedí por el encargado.

—¿Oiga? —grité con voz aireada—. ¡¡¡Esto es inadmisible!!! ¡¡¡Hay una rata muerta sobre mi mesilla!!!

La chica lanzó un aullido de terror.

—Ahora mismo subo… —Replicó entrecortadamente el encargado—. No sé cómo ha podido suceder una cosa así, en este hotel…

Colgué.

La chica, sin mirar a la mesilla, se había encerrado en el baño y sollozaba entrecortadamente.

Era curioso. Había estado a punto de convertirla en la «Reina de las Golfas de Hong Kong» y lo había aceptado con una sonrisa en los labios. Y sin embargo, la mención de la palabra «Rata» le provocaba una crisis nerviosa…

Llamaron con los nudillos a la puerta.

Abrí.

—¿Dónde está la rata muerta? —preguntó el encargado.

—No hay ninguna rata muerta —repliqué—. Pero puede haber un encargado muerto si no me dice antes de diez segundos el número de la habitación de *Mr*.

Dalten.

Tardó unos segundos en responder, los segundos que necesitó en descubrir la «Magnum» que le estaba apuntando al estómago.

—Míster Dalten… abandonó el hotel esta mañana, junto a todos sus acompañantes… salieron en el vuelo de las 7.30 horas, rumbo a Los Ángeles…

Le di con la culata en la cabeza. Un golpe suave, sin ganas de hacerle daño, pero lo suficientemente fuerte para hacerle dormir hasta que nosotros estuviéramos embarcados en el próximo vuelo a Los Ángeles.

Saqué a Sabrina del baño. La obligué a vestirse a la europea, y recogimos nuestras cosas.

Me ahorré de pagar la factura, porque cuando los botones vieron que salía «el tipo que había encontrado una rata en su habitación» dedujeron que el encargado nos habría invitado a cambio de que no hiciéramos correr la voz.

Tomamos un taxi hasta el aeropuerto. Sabrina tuvo que pagar la carrera, ya que no llevaba dinero.

Fuimos al mostrador y pedimos dos pasajes para el primer vuelo a Los Ángeles.

Entregué mi tarjeta de crédito.

Dos minutos después me la devolvió la chica del mostrador.

—Lo siento, míster James; su crédito ha sido cancelado. Deberá abonar los billetes en efectivo…

CAPÍTULO X

Sabrina arregló las cosas.

Antes de que yo reaccionara, había echado mano a su bolso y sacado un ridículo monedero de la época *hippy*, del que extrajo unos arrugados billetes de cien dólares.

Los suficientes para sacar los billetes hasta Los Ángeles.

Ni un billete más.

—Siempre llevo una provisión para algún problema… —dijo casi disculpándose.

La hubiera besado allí mismo, pero temía desatar sus pasiones en medio del aeropuerto de Hong Kong.

El viaje de regreso a «casa» no fue tan agradable.

Yo no podía sacarme de la cabeza la imagen de un profesor Higgs enfadadísimo por mi derroche de su cuenta corriente, lanzando sobre mí a un montón de sus mejores abogados.

Las figuras legales de que podían acusarme eran varias: «Abuso de confianza», «Estafa», y si se molestaban en seguir mi rastro: «Escándalo público», «Abusos deshonestos», «Homicidios varios» «Resistencia a la policía»…

No era una situación para estar muy tranquilo y confiado.

Por eso, unos instantes después, como humano que soy, había encontrado al culpable de todos mis males: Budd D. Dalten.

¡Qué bueno es tener una persona a la que odiar intensamente!

Una persona a la que culpar de todas las desgracias que nos suceden, una persona que nos quite la extraña sensación de haber estado haciendo el idiota por una tontería…

Ése era Budd D. Dalten.

Llegué a Los Ángeles, en un estado de febril excitación; babeaba de deseo de ponerle las manos encima al productor

cinematográfico, soñaba con cerrar los dedos de mi mano teniendo entre ellos el cuello de Budd…

Cuando cruzamos las garitas de los funcionarios de aduanas, me fui corriendo a información y solicité un listín de teléfonos de la ciudad.

Una vez que tuve en mis manos los tomos, comencé a buscar la dirección de la «Dalten Pictures Ltd.».

Y la encontré: 1234 John Reed Avenue.

—Vamos allá —le dije a Sabrina, mientras la cobijaba bajo mi brazo.

La chica llevaba un buen rato callada.

—Primero me gustaría pasar por casa, ducharme, cambiarme de ropa… —dijo el—. Lo asiento. Yo no puedo esperar más…

—Pero vas hecho un desastre. Pareces un basurero después de estar haciendo doscientas horas extras…

El espejo de una de las tiendas me devolvió una imagen que distaba mucho de la que me gusta tener.

Iba despeinado, lleno de moraduras y cortes, sin afeitar, con un sucio vendaje anudado en la mano, con las ropas convertidas en hilillos que se mantenían juntos gracias a la casualidad…

—No me importa —repliqué—. Necesito ponerle las manos encima a ese tipo, ahora mismo.

Salimos al exterior y me acerqué a la hilera de taxis.

—¿Tienes dinero? —preguntó la chica—. A mí no me queda nada…

—Iremos a pie —contesté con firmeza.

En ese momento un taxi salió de la fila y se cruzó ante nosotros.

¡Era nuestro buen amigo, el que nos había llevado tras de la limusina de Budd, al comienzo de nuestra aventura!

—¡A ustedes les llevo gratis al fin del mundo! —dijo a modo de saludo, mientras se inclinaba sobre el respaldo de su asiento para abrirnos la puerta.

—Gracias… —repliqué medio emocionado.

—Por la pinta que lleva, veo que se ha divertido en mi ausencia… ¡Cuente, cuente!

Le hice un breve resumen de lo que nos había pasado hasta llegar a Borneo, mientras él nos llevaba a casa de Sabrina.

Después de dejar a la chica en su portal, y mientras me guiaba

hasta el estudio, le narré lo sucedido en Hong Kong. A cualquier persona le hubiera impresionado la paliza que me habían dado, la valentía con la que había escapado de los policías, la forma arriesgada en que había vuelto a encontrar a «Pañuelo Blanco» y sus secuaces…

Pero a él lo que más le gustó fue el capítulo de Sabrina como bailarina de «Peep *Show*».

—¡Lo que me hubiera gustado estar allí! —mascullló entre dientes varias veces.

Por fin llegamos a la puerta de la «Dalten Pictures». Era un edificio nada lujoso, de un par de plantas, con más aspecto de almacén de camiones que de productora cinematográfica. Nada de platos, nada de focos, nada de extras disfrazados de romanos, de soldados napoleónicos, o de monstruos de galaxias.

—Espéreme aquí. Bajo enseguida.

—Si me necesita sílbeme —me dijo con aire de complicidad—. Yo mantendré el motor del coche encendido… Por si acaso.

Subí las escaleras hasta el segundo piso.

Una secretaria se quedó boquiabierta al verme entrar.

—¿Dónde está Budd?

Me señaló hacia la puerta, con un dedo tembloroso, mientras decía:

—Pe… pero… está reunido. No se le puede molestar…

Comprenderán que no le hice caso y abrí la puerta de un manotazo.

El mobiliario de la habitación a la que entré estaba formado únicamente por unos pósters en las paredes, por cuatro sillones. Y por cuatro «mañosos» sentados sobre ellos.

Los mismos tipos que me habían arrojado con cajas destempladas del Tropical Paradise.

Esta vez no me cogieron por sorpresa.

Me dolía tanto el cuerpo, que no me importaron una docena de golpes más. Pero los que yo les di a ellos…

Baste decir que treinta segundos después, el único que permanecía de pie en la habitación era yo.

Y entonces abrí la otra puerta.

Budd estaba solo, sentado detrás de una modesta mesa, hablando por teléfono.

—¿Quién es usted? —dijo palideciendo.

—Devuélveme mi cartera…

—¿Qué dice? ¿De qué cartera me habla?

—De la que me robaste la última noche que pasaste en Los Ángeles, antes de entrar a cenar en el Tropical Paradise, cuando salías de aquel portal y tropezaste conmigo…

—Amigo… usted no está bien de la cabeza…

No quería seguir charlando. Había llegado el momento de la acción. Le tomé por el cuello de la camisa y lo sujeté con firmeza, para que no escapara de mi puñetazo…

—INDYYY —gritó una voz a mis espaldas. La voz de Sabrina.

Me giré en redondo.

La chica, casi sin respiración, y acompañada del taxista, estaba bajo el marco de la puerta.

En su mano derecha la cartera.

—Estaba en casa, debajo de una silla…

Bajé el puño, solté el cuello de la camisa de Budd, y sólo se me ocurrió sonreírle, con cara de estúpido.

El, al ver que las cosas habían cambiado, sonrió también.

—Me parece que todos necesitamos un trago… —dijo el productor a la vez que pedía a su secretaria que nos trajera unos *whiskys*.

Una vez que hubimos acabado la primera ronda, Budd dijo:

—Entonces… ¿Usted ha estado esperándome en el aeropuerto hasta que he regresado?

—No. Le he perseguido por Manaos, Borneo, Hong Kong…

—¡No es posible!

Tuve que explicarle los pasos de Sabrina y míos, uno por uno. Si no hubiese sido por el lujo de detalles, nombres de hoteles, horas de partida, etc… Budd D. Dalten no se hubiera creído que hubiéramos hecho esos kilómetros en pos de él.

—Pero… ¡Esto es una película! —dijo con un brillo de excitación en los ojos.

—De terror. Sobre todo la parte de la selva de Borneo, con los cazadores de indígenas y sus colecciones de orejas. ¡Y la paliza de Hong Kong! Y…

Seguimos hablando durante un par de horas.

Budd era productor de documentales en los que se dedicaba a

denunciar violaciones de Los Derechos Humanos, atentados sobre la Ecología, el Racismo… Por eso iba con guardaespaldas, ya que habían intentado atentar contra él varias veces. En Hong Kong se había hecho pasar por traficante de trabajadores, para sonsacar a Sin Ling Tai, sobre los refugiados del sudoeste asiático, que él «ayudaba» a llegar a Hong Kong. El último año, Budd había hecho varias películas de aventuras, para ganar dinero, y aquellos films habían tenido mucho éxito. Tanto que ahora pensaba en realizar unas películas que…

—… en lugar de tratar de aventuras «locas», traten sobre problemas reales de la gente: los refugiados del sudoeste asiático, los indígenas de Borneo, el hambre de Etiopía y Sudán… Pero todo dentro de una narración de aventuras…

Seguimos charlando media hora más. Me comprometí a enviarle una colección completa de mis aventuras, para ver si alguna servía como guión para sus películas…

Nos despedimos después de intercambiar señas y teléfonos, y prometer vernos en breve.

Dejé a Sabrina en su casa y pedí a mi amigo el taxista que me llevara al peor trago de la jornada: el encuentro con el profesor Higgs.

Me molestaba haber derrochado el dinero del científico en una carrera sin sentido a través del mundo. Ahora mi buen amigo Jim Tonic estaría pagando las consecuencias de mis excesos.

El taxista me dejó a la entrada de la mansión y, esta vez, no dijo nada de esperarme.

Subí las escaleras de mármol que llevaban a la puerta principal.

Ésta se abrió antes de que yo llegara.

El profesor Higgs apareció bajo el marco, con el ceño fruncido.

—Hijo de… —comenzó a decir mientras me fulminaba con la mirada.

Y al segundo siguiente rompió a reír.

Jim Tonic apareció con gesto compungido detrás de la puerta.

—¡Profesor! Ha estropeado la broma… —dijo con gesto de niño al que se le ha roto un juguete.

—¿Broma? —pregunté yo.

—Sí —añadió el profesor palmeándome la espalda—. Jim quería que usted volviera a toda velocidad, para que viera el regalo que le

he hecho… Y pienso que la mejor manera sería cancelar su tarjeta de crédito. ¡Si ha tenido algún problema es culpa de él!

Los ojos de Jim brillaron mientras hablaba el profesor.

—Está loco este tipo. ¿Sabes lo que ha hecho? —me dijo Jim tomándome por el brazo y haciéndome entrar dentro de la casa—. Ha ido a Washington, al Museo de la Aeronáutica y del Espacio, les he convencido para que le vendieran un antiguo avión, ha ordenado fabricar un motor nuevo, reparar el fuselaje… y me lo ha regalado. ¿Te imaginas qué modelo es?

Me lo imaginé. Un *Dakota*, como el que Jim había perdido en la Antártida, cuando salvamos la vida del profesor Higgs.

Allí, en el jardín trasero, estaba el flamante *Dakota.*

Jim rompió a llorar.

El profesor, para respetar la intimidad de mi amigo, me tomó del brazo y me llevó aparte.

—Hijo… me ha hecho usted muy feliz. Generalmente no hay forma de pagar al que le ha salvado la vida a uno. Pero cuando se le da una tarjeta de crédito, y la disfruta tanto como usted lo ha hecho… Siento que he acertado en el regalo, y eso me hace feliz.

¿Qué se puede decir en un caso así?

Se puede decir que cualquiera haría lo mismo, que no hay que «pagar» por eso, no tiene importancia… pero todas esas palabras, son literatura barata.

Me limité a coger al profesor por los hombros y darle un abrazo.

Jim, al fondo, seguía sollozando de emoción.

El profesor me estrechó con fuerza.

Y me reavivó el dolor de mis maltrechos huesos, que me estuvieron torturando durante toda la noche.

Y eso que dormí a pierna suelta.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver Hong Kong Rock número 1 de esta misma colección. < <

[2] El juego de palabras «Lista-listo» es un chiste mío. Pero les aseguro que no es mucho peor que alguno de los juegos de palabras que utiliza e) autor, y que son intraducibles. (N. del T.). < <